

270
B. SANCHEZ ALONSO

520

LAS POESIAS INÉDITAS E INCIERTAS DE QUEVEDO

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

1927

B. SANCHEZ ALONSO

LAS POESIAS INÉDITAS E INCIERTAS DE QUEVEDO

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

1927

LAS POESÍAS INÉDITAS E INCIERTAS DE QUEVEDO

La fuerte atracción que sobre mí ejerce el gran satírico madrileño pugna hace ya algunos años por embarcarme en la arriesgada aventura que es penetrar en la literatura inédita que se le atribuye (1). Entre la zona de las composiciones indubitadas y las francamente apócrifas hay, como es bien sabido, gran copia de producciones, en especial poesías, y más particularmente poesías satíricas, que figuran a su nombre en las colecciones manuscritas, invitando a fijar la mirada sobre ellas (2). En mi caso particular, el deleitante de las agudezas

(1) El primer riesgo que se corre es el de dar por inéditas composiciones ya publicadas. He tropezado con varios casos al recorrer las ediciones aparecidas de Quevedo. Véase uno, por vía de muestra: El Sr. Deblay publicó (*Poésies inédites de Quevedo: Revue Hispanique*, 1915, tomo XXXIX, págs. 566-576) un soneto, dos romances y un fragmento. Pues bien; el soneto había sido ya publicado por Valladares en el *Semanario Erudito*, y después en la edición aparte que luego se indicará, pág. 6; más tarde, en 1851, lo mencionó Castellanos en su edición de Quevedo, tomo VI, pág. 352, entre las piezas inéditas (?) que él conocía y no insertaba. De los dos romances, el titulado *A la boda de la hija de un boticario* había ya aparecido con diferente título y algunas variantes de texto en las *Adiciones a las musas* que incluyó Janer en su conocida edición (*Bib. de Aut. Esp., de Rivadeneyra*, tomo LXIX, pág. 498). No doy excesiva importancia a tales *lapsus*, muy fáciles cuando se trata de un escritor de tan extensa bibliografía como Quevedo y si aquí son traídos a cuento no es por poner en la picota a los autores, sino para prevenir a los que me leyeren de la poca seguridad con que podemos todos dar por inéditas piezas de un poeta tan estudiado. Otro riesgo aún más difícil de evitar es el de atribuirle composiciones aparecidas ya a nombre de otros autores, pues el tratar distintos poetas los mismos temas ha originado, como todos saben, una gran inseguridad, y continuamente se está rectificando la paternidad de muchas obras.

(2) Con las poesías satíricas más o menos picarescas suelen ir mezcladas composiciones de una licencia lindante con lo pornográfico, o sobre temas nada pulcros, que en su mayor parte no serán sin duda de Quevedo, y a las que en todo caso el buen gusto elimina de antemano.

quevedescas es también acuciado por el curioso hojeador de viejos papeles, harto ya de toparse en balde repetidamente con códices de los siglos xvii y xviii, prometedores de «muchas poesías de Quevedo que no han podido imprimirse». De que tales rosas no se ofrecen sin espinas —y las espinas son aquí las abundantes composiciones que colgaron a nuestro poeta otros ingenios, que se mantuvieron en la sombra— el propio Quevedo nos avisa cautamente en la famosa carta al conde-duque, en que rechaza indignado la paternidad de varios escritos que corrían como suyos (1). Pero aun descartados los que así se sacude el supuesto autor, así como los que se refieren a sucesos posteriores a su muerte y los que se muestran a cien leguas de la donosura y facilidad de Quevedo, quedan todavía muchos que por suyos nos dan los manuscritos, y que no podemos con base muy segura diputar por auténticos ni por apócrifos. La sola consideración del estilo no tiene gran fuerza tratándose de un autor que escribió con enorme profusión, que tocó todos los temas, desde los más elevados a los francamente rufianescos, y en cuyas composiciones se descubre la más esmerada labor de pulimento junto a la negligencia del improvisador (2).

Las ediciones de obras de Quevedo son abundantísimas, y no puede negarse a varios de sus editores el haber puesto la mayor diligencia en procurarse por todos los medios sus composiciones, para que escapase el menor número posible al conocimiento de sus lectores. Demuestran, sin embargo, que la fuente no está agotada las cartas y poesías que han podido ver la luz en estos últimos tiempos, cuando los trabajos de Fernández Guerra parecían haber puesto el «explicit» a toda investigación de este género (3). Por otra parte, mucho de lo estudiado en torno al gran satírico se mantiene reservado en el mundo de la erudición, contenido en libros no vulgarizados,

(1) También se ha puesto en duda la autenticidad de esta carta; pero a ella hay que atenerse en tanto no se demuestre —y no será fácil— que es apócrifa.

(2) Sobre las «características» de Quevedo como norma para la atribución de obras, puede verse, además de los estudios extensos sobre el poeta —especialmente el de Fernández Guerra—, el artículo de Juliá en la *Revista Castellana*, 1919, págs. 38-46.

(3) Recordemos aquí: *Dos cartas inéditas de Quevedo* (*Rev. de Arch., Bibl. y Museos*, 1903, tomo IX, págs. 177-180); *Doce cartas de Quevedo*, publicadas por Rodríguez Marín (*Bol. de la Real Acad. Esp.*, 1914, tomo I, págs. 586-607); *Nuevos documentos relativos a Quevedo*, publicados por Juan Hurtado (*Rev. del Cent. de Est. Hist. de Granada*, 1915, tomo V, págs. 77-101); *Poesías inéditas de Quevedo*, publicadas por Ch. Deblay (véase la nota 1 de la pág. 123); *Una investigación en el Archivo de San Ginés: Hallazgo de documentos inéditos sobre Quevedo*, por Luis Astrana Marín (*El Imparcial*, número de 21 de diciembre de 1924); *Una carta inédita de Quevedo*, por el mismo (*El Imparcial*, número de 29 de marzo de 1925). Según tengo entendido, no es esto lo único encontrado por el Sr. Astrana Marín, que se propone con sus hallazgos rehacer la biografía y estudio de Quevedo.

y conviene que especialmente los lectores de Madrid se familiaricen más y más con quien fué «el primer escritor que adquiere un acentuado carácter madrileño», como ha dicho sagazmente uno de sus últimos editores literarios (1).

Propóngome, pues, en este trabajo, contribuyendo así con una aportación más a su conocimiento y divulgación, resumir el actual estado de su estudio en este aspecto, sacar a luz algunas composiciones que tengo por auténticas, inéditas y dignas de ser conocidas, y consignar algunos datos que allanen el camino a futuros investigadores.

I

Es bien sabido que las poesías de Quevedo pasaron de ordinario del fecundo ingenio donde se fraguaban al conocimiento de aquellas buenas gentes de la corte de los Felipes III y IV sin el intermedio de la imprenta, ni, en muchos casos, el del manuscrito. No andaba Madrid en tal sazón escaso de satíricos ni de otros poetas de toda laya. Sin embargo, la intrépida procacidad de aquel mozo y la donosura que en todas sus obras resplandecía ganaron pronto los corazones, y fueron muchos los aficionados que se aplicaron con el mayor ahinco a procurarse copias de las composiciones que, más o menos secretamente, oían recitar (2). Fué así muy fácil a los primeros editores de antologías poéticas encontrar versos sueltos de Quevedo que dar a la estampa. Pero cuando, afianzada ya su fama, se quiso imprimir «todas» sus poesías, reconocieron que la empresa era imposible: los papeles se dispersaban más cada vez, los poseedores de copias manuscritas las celaban como un tesoro y nadie estaba seguro de que al día siguiente de cerrar una edición no apareciesen abundantes composiciones, ocultas en librerías particulares. Si se recorren los prólogos y dedicatorias de las diversas colecciones de poesías de nuestro autor (3), se ven repetidas por todos los editores las mismas ponderaciones de la diligencia puesta en allegarlas y los mismos temores de no haber-

(1) José María Salaverria (Quevedo: *Obras satíricas y festivas*. Madrid, 1924; tomo LVI de *Clásicos castellanos*, págs 8-9.)

(2) Es curioso ver el despecho con que los propios enemigos de Quevedo se ven obligados a reconocer el entusiasmo con que eran acogidas sus composiciones. Pueden leerse unos pasajes del *Tribunal de la justa venganza*, acotados por Fernández Guerra en el tomo I de las *Obras completas*, edición de la Soc. de Bibl. And., pág. 330.

(3) La dificultad, aunque mayor en la producción en verso, se extiende también a las obras en prosa, de que por ahora prescindo.

las totalmente logrado (1). No es cosa de hacer aquí el catálogo de las ediciones aparecidas, que el lector puede fácilmente procurarse (2). Conviene sólo destacar las principales para nuestro objeto.

Muerto Quevedo en 1645, su constante amigo González de Salas dióse en seguida a reunir y ordenar su dispersa producción poética; clasificadas las poesías según la musa inspiradora, publicó en 1648 su famoso *Parnaso español*, que contenía las composiciones por él cobijadas bajo las seis primeras musas (Clío, Polimnia, Melpómene, Erato, Terpsícore y Talía). Años después, en 1670, Pedro Aldrete Quevedo, sobrino del poeta, dió a luz *Las tres musas últimas* (Euterpe, Calíope y Urania). Estas dos venerables ediciones, que forman «las dos cumbres» del Parnaso quevediano, tienen el valor de ser el primer intento de colección completa, y la garantía de autenticidad de las composiciones incluídas. Han sido, pues, no sólo repetidamente impresas, sino tomadas por base de las ediciones posteriores. En 1787 Valladares insertó algunas piezas inéditas, especialmente en prosa, en su *Semanario Erudito*, recogiénolas después en volumen aparte (3). La publicación de poesías inéditas recibió mayor impulso de Castellanos, que insertó con criterio poco riguroso buen número de ellas en su conocida edición (4). Además de estos intentos, hechos con fines de erudición, ha habido no pocos con propósito de mero lucro, en los que no se ha vacilado en estampar el nombre del autor de los *Sueños* al frente de colecciones formadas deliberadamente con cuanto pueda halagar los más plebeyos gustos; y aun concediendo que todo o buena parte de lo inserto fuese realmente de Quevedo, el dar a conocer aisladamente esta faceta de su ingenio ha llevado a que las gentes tengan por un bufón chocarrero a quien fué uno de los mayores y más cultivados espíritus de España (5).

(1) Para abreviar la indicación, remito al prólogo de Janer, en su edición de las poesías (*Autores Españoles*, tomo LXIX), donde se transcriben pasajes de editores que le precedieron, tras de lo que el propio Janer se expresa en parecidos términos.

(2) Es bastante completo el de Fernández Guerra, inserto en *Autores Españoles*, tomo XXIII, y en el volumen de las *Obras completas*, ya citado en la nota 2 de la pág. 125.

(3) *Obras morales, políticas y jocosas de Don Francisco de Quevedo y Villegas...* que publicó en el *Semanario Erudito* D. Antonio Valladares de Sotomayor. Y ha separado de él para la instrucción común el mismo editor. (Sin lugar, imp. ni año [1788], 274 págs., en 4.º)

(4) *Obras de Don Francisco de Quevedo y Villegas*, edición ilustrada con notas y grabados, publicada por D. Basilio Sebastián Castellanos. (Madrid, 1810-1851, 6 vols., en 4.º) A las poesías inéditas está especialmente dedicado el vol. VI, en el que además inserta una lista de primeros versos de las composiciones de que tenía noticia y que no había incluído en su edición.

(5) Como cercana a este tipo de ediciones citaré una, más esmerada que las de los meros negociadores de la pornografía, en la cual ni todo es de subido color ni tienen cabida las composiciones de letrina, tan del gusto de los editores populares. Titúlase *El libro verde: Colección de poesías satíricas y de discursos festivos (parte de ellos inéditos) de Don Francisco de Quevedo*

Cuando se quiso dar cabida en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra a las obras de Quevedo se encomendó su edición y estudio a D. Aureliano Fernández Guerra, que había hecho de la investigación de la vida y obras del gran satírico objeto principal de su actividad. Dió dicho crítico un enorme avance en el estudio del poeta favorito, y la edición de sus obras en la citada colección pudo ir precedida de una buena biografía y varios otros trabajos coadyuvantes. De éstos debemos aquí destacar el *Catálogo de sus obras clasificadas y ordenadas*, en el que menciona lo conservado —separando lo auténtico de lo apócrifo— y lo perdido. Es muy de lamentar que D. Aureliano no consignase en todos los casos las razones que le movían a considerar apócrifas determinadas composiciones, con lo que hubiera dado mayor autoridad a su fallo —por lo demás, respetabilísimo— y marcado una pauta que allanaría la senda de ulteriores estudios. Más lamentable es aún que no hubiera acabado de cumplir la misión que se le encomendó, dirigiendo, a continuación de la de la prosa, la edición de las poesías. Esta hubo de ser encargada a D. Florencio Janer, que aunque se atuvo a lo consignado en el estudio preliminar de Fernández Guerra y puso en su tarea la mayor diligencia (1), no pudo cumplirla con la brillantez que de éste había más derecho a esperar. Dejó, no obstante, D. Aureliano una gran cantidad de labor hecha, que ha sido aprovechada para la nueva edición costeadá por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, mediante el trabajo de ordenación de Menéndez Pelayo. Consagrado el primer volumen a la reproducción, muy ampliada con sus notas inéditas, del estudio hecho sobre Quevedo por Fernández Guerra, se publicaron otros dos, que contienen parte de las poesías, ordenadas por la fecha de su redacción las que pudieron ser así clasificadas, y por la división tradicional las restantes. Aparecidos dichos tres volúmenes, la muerte de Menéndez Pelayo ha impedido hasta ahora por segunda vez que el loable proyecto fuese llevado totalmente a la práctica.

Todos estos intentos, que han sobrado para sacar a luz no pocas piezas que valía más dejar en los manuscritos, no han bastado a agotar

y Villegas. (Madrid, 1871, 318 págs., en 8.º) El anónimo editor utilizó las colecciones manuscritas de las Bibliotecas Nacional, de la Real Acad. de la Hist., del duque de Osuna y del Palacio Real.

(1) Además de revisar cuantos impresos y manuscritos tuvo a su alcance, requirió, según dice, noticias y consejos de Gayangos, marqués de Valmar, Valera, Castillo y Alba, Santisteban, Alonso Sanjurjo, Barbieri, Laso de la Vega y Martínez Pedrosa. Con el nombre de *Adiciones a las musas* insertó bastantes poesías, tomadas de las *Flores de poetas ilustres*, de Espinosa, de libros de varios autores a quienes Quevedo las había dedicado, de la edición de Castellanos, etcétera.

el fondo de composiciones atribuidas a Quevedo que aún se esconden en los mismos. Todavía recientemente ha podido verse una larga lista de ellas existentes en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander (1), entre ellas una serie de versiones de epigramas de Marcial, que viene a dar la clave de la identificación de nuestro poeta con el famoso epigramático latino (2). Como esa colección hay aún sin duda varias que deben explorarse, pues ni todo puede ser apócrifo ni indigno de ser conocido, como espero demuestre la noticia que daré a continuación del contenido de algunos manuscritos que he tenido ocasión de consultar. De tal labor resultará, además de la publicación de algunas poesías que se mantienen —hasta donde alcanzan mis datos— inéditas, la divulgación de otras que ya fueron publicadas en colecciones poco conocidas, dándose así una impresión de conjunto de las piezas no incluidas en las ediciones de uso general.

II

Inicio las noticias ofrecidas con la de un manuscrito de la Biblioteca Nacional que parece no haber sido hasta ahora utilizado por los editores de Quevedo (3). Reza la portada *Varias poesías de Quevedo con otros discursos en prosa*, siendo extraña a él buena parte del contenido. La de mayor interés para nosotros es la primera, compuesta de 16 folios, que es a lo que sin duda alcanza el título que figura en el fol. 1: «Varias poesías de don F.^o quevedo i uillegas que no se pueden imprimir» (4). Empieza la colección por el romance *Al hijo declarado por el Conde Duque* (5) que Fernández Guerra tiene por

(1) M. Artigas, *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. (Boletín de dicha Biblioteca, 1926, tomo VIII, al final de cada número.)

(2) Estudié este aspecto en mi artículo *Los satíricos latinos y la sátira de Quevedo*. (*Revista de Filología Española*, 1924, tomo XI, págs. 33-62 y 113-153.) Hecho aquel trabajo exclusivamente sobre la producción impresa y no teniendo entonces noticia de tales versiones, sorprendíame la desproporción entre el enorme parentesco espiritual entre ambos escritores y la escasez de composiciones directamente inspiradas por aquél.

(3) Sig.^a 11.017. (Ant. Mm. 454.) Es un tomo de varios, en folio, encuadernado en pergamino, con letras variadas de los siglos XVII y XVIII, siendo del XVII la parte a que aquí nos referimos.

(4) Sólo hay dentro de ellas, como veremos, un escrito en prosa. En lo restante del volumen es prosa todo lo que hay, y aunque parte de ella es de Quevedo, prescindimos aquí de su descripción.

(5) Son varias las colecciones de manuscritos de Quevedo de que tengo noticia, iniciadas por este romance, que no es, por otra parte, la única composición en que se advierten tales coincidencias, pues es frecuente que aparezcan en un orden parecido aun en manuscritos de procedencias diversas.

espurio —núm. 328 de su Catálogo— y que fué inserto por Janer entre las composiciones atribuidas a Quevedo (*Autores Españoles*, LXIX, pág. 543). «*En ocasion de muchas guerras* escribió quevedo lo sig.^{te}», dice el título de las décimas que van a continuación, rotuladas en otros manuscritos *Décimas sobre el estado de la monarquía*. Castellanos cita el primer verso (1), y figura también entre las piezas catalogadas por Artigas de la Biblioteca Menéndez Pelayo (2). He aquí la composición:

«Toda España está en un tris
y a pique de dar un tras,
ya monta a caballo más
que monta a maravedís.
Toda es flamenco país
y toda cuarteles es;
al derecho o al revés
su paz alterado han
el rebelde catalán
y el tirano portugués.

A España se ha trasladado
de Italia y Flandes la guerra,
siendo señor de la tierra
el atrevido soldado;
la campaña y el poblado
roba su codicia impía
con militar osadía,
que es la guerra, en conclusión,
para muchos, perdición,
para pocos, granjería.

(1) «*Toda España estaba en un tris*, como dijo Quevedo en un romance, a la caída de Olivares...» (Vol. VI, pág. 305.) La pieza aludida no es romance, sino décimas, ni está hecha a la caída de Olivares, sino durante su gobierno; ello me hace pensar que ese verso sea tal vez común a otra composición de Quevedo.

(2) Dicha Biblioteca posee un manuscrito que contiene la composición entera, y otro (hecho de mano del Sr. Rodríguez Marín, tomándolo de uno de la Biblioteca Nacional —que no es el que aquí examinamos— para el Sr. Menéndez Pelayo) en que se da noticia y primeros versos de las tres con que comienzan igualmente aquél y el nuestro, que en todo el resto discrepan. En cuanto a la segunda, objeto especial de esta nota, me ha parecido al leerla cosa de antes conocida; pero habiendo sido inútiles mis pesquisas para hallarla en las colecciones impresas, la inserto aquí, aunque con toda clase de reservas sobre su carácter de inédita. Respecto a su atribución a Quevedo, hay bastantes manuscritos en que consta. Son incontables las sátiras políticas contra el gobierno del Conde Duque, todas en un tono muy semejante y con repetición de frases que sin duda corrían entre el vulgo; con el mismo título que ésta pudieran atribuirse otras a nuestro poeta, pero es significativo que casi todas son dadas en los manuscritos por anónimas y ésta casi constantemente por suya, o al lado de composiciones suyas.

Ignórase la ocasión
de este mal, que aspira a eterno,
si es de España mal gobierno
o es divina permisión;
creo que ambas cosas son,
que Dios, por nuestros pecados,
para castigar culpados,
aunque su remedio advierten,
permite que en nada acierten (1)
los sabios ni los letrados.

Todos del conde, a mi ver,
se quejan por varios modos,
y pues dél se quejan todos
razón deben de tener;
la verdad debe de ser
que el insufrible dolor
del excesivo rigor
de tributos y de pechos
se aumenta más con despechos
de Ministro superior.

¿Qué culpa al conde le dan,
sea verdad o sea patraña,
en la perdición de España?
La que al conde don Julián.
Muchos afirmado han
en varios juicios severos
que a España dos condes fieros
han causado eternos lloros,
uno metiendo los moros
y otro sacando dineros (2).

Cataluña, lastimada
con marciales desafueros,
suplicando por sus fueros (3)
está ya desaforada;
que suele tal vez, negada
a los vasallos la audiencia,
apurarles la paciencia,

(1) En nuestro manuscrito dice «no permite Dios que acierten», lección que sustituimos por la de otro, que parece más correcta.

(2) Cfr. el romance *A la muerte del Conde-Duque (Autores Españoles, tomo LXIX, página 486)*, en el que, citando los encuentros que éste tuvo en el infierno, dice así:

•Llegó el conde don Julián
a verle con gran presteza,
porque en el perder a España
se igualaron sus cautelas.•

(3) En nuestro manuscrito: con sus fueros.

e irritada la lealtad,
perder a la majestad
el respeto y la obediencia.

El de los Vélez se mete
por Cataluña animoso,
cuyo ejército glorioso
a Barcelona acomete;
cuando rendirla promete
se retira; pero crea
que su retirada sea
en todo tiempo llamada,
no la bella retirada,
sí la retirada fea.

Levántase el de Berganza
con el título real,
que su casa en Portugal
es la casa de Maganza;
su castigo y su venganza
el de Monterrey procura,
y con guerra que apresura
en una y en otra plaza,
a Portugal amenaza
y castiga a Extremadura.

La guerra de Portugal,
que se juzgaba por breve,
con tanto espacio se mueve
que va aspirando a inmortal.
¿Tanto espíritu marcial,
tanta gente levantada,
a pie y a caballo armada,
tanto aparato, qué ha sido?
Mucha costa y gran ruido.
¿Y tanta jornada? Nada.

Cuando asistir le conviene,
Monterrey la empresa deja
y de Portugal se aleja;
misterio sin duda tiene.
Leganés dicen que viene
en lugar de Monterrey,
y con buena o mala ley
que se quedan, me parece,
el catalán, en sus trece (1)
y Juan de Berganza, rey.»

(1) En nuestro manuscrito: con sus trece.

El romance que sigue («Ya, Felipe cuarto, rey») lo da por apócrifo Guerra —núm. 326— y no lo incluye Janer; en el catálogo de la Biblioteca Menéndez Pelayo consta el primer verso a continuación del acabado de transcribir (1). Prescindo también del soneto que va a continuación, en que *Describe la ciudad de Roma*, y cuyo primer verso es «Un santo padre electo a mogicones», porque si bien es, hasta donde alcanzan mis noticias, inédito, lo tengo por indigno de Quevedo y de ver la luz (2). Otro soneto sigue, éste contra Góngora («Vuestros coplones, cordobés sonado»), que insertó Janer en sus *Adiciones a las musas (Autores Españoles*, tomo LXIX, pág. 495), el cual parece no tener noticia de que ya había sido impreso (3). El siguiente soneto, en que *Pinta la vida de un señor mal ocupado* («¡Bizarra estaba ayer doña María!»), fué publicado por Valladares, y recientemente por Ch. Deblay (4). Sigue otro contra Lope («Lope dicen que vino.—No es posible») que ya insertaron Castellanos (tomo VI) y Janer (loc. cit., pág. 492), y después una *Definición del amor*, soneto también, cuya gracia, aunque bastante sobresaliente, no iguala al desenfado y libertad con que está escrito, haciéndolo sólo apto para lectores nada asustadizos; ya ha sido impreso (5). También lo fueron, y en el mismo libro (6), las tres poesías que van a continuación: un madrigal que *Pinta egecuciones de amantes* («Los brazos de Damón y Galatea»), otro que *Muestra festejos de amantes* («A Fabio preguntaba ¡la divina Florisa enternecida») y un romance en que *Pinta los principios de la juventud* («Oh, qué áspera sois, mi madre»); los madrigales, de tono bastante atrevido, son muy bellos; en cuanto al romance, eclipsa la libertad de expresión de la *Definición del amor*. Tras de la donosísima *Carta de un cornudo a otro o Siglo del cuerno*, inédita al escribirse el manuscrito examinado, pero hoy bien divulgada, sigue un romance con este título: *Dice en el la novedad de pasarse de empeños humildes i desnudos a egecuciones de mucha gala* («Así el glorioso San Roque»); su desenvuelta expresión le pro-

(1) Siendo bastante extenso, y dado ya por apócrifo, no lo transcribo, aunque creo esté inédito. En nuestro manuscrito puede verse en los fols. 2 v. - 3 r. En otras copias figura también así: «Yo, Felipe cuarto, rey»; pero esto carece de sentido.

(2) Castellanos lo menciona (tomo VI, pág. 354) entre los que no publica, con una ligera variante «Un santo padre hecho a mogicones». En el manuscrito examinado está en el fol. 3 r.

(3) En *El libro verde*, pág. 231.

(4) Véase la nota núm. 1 de la pág. 123.

(5) *El libro verde*, pág. 230. Por la facilidad y donosura con que está escrito, aunque afeado por rasgos harto licenciosos, merece ser de Quevedo. Cfr. el soneto indubitado «Contraposiciones y tormentos de su amor» (*Autores Españoles*, tomo LXIX, pág. 252), del que pudiera ser parodia picaresca.

(6) Págs. 244 y 285.

curó un lugar, como a los anteriores, en *El libro verde*, donde está inserto sin el título transcrito. Va a continuación en el manuscrito una letrilla que tengo por inédita, y que no hay reparo en admitirla por auténtica, dado lo dentro que se halla de los gustos y estilo de nuestro autor; no hay tampoco obstáculo grave para su publicación, pues no rebasa el nivel medio de la picaresca licenciosidad de Quevedo. Hela, pues, aquí:

LETRA SATÍRICA A DIVERSOS ESTADOS DE PERSONAS

Hay mil doncellas maduras
que guardan virgos fiambres,
o sea que a fuerza de hambres
se les van en cataduras.
Todas son vírgenes puras
por más aguadas que estén.
A ninguno quieren bien
si no las calza y las viste.

Lindo chiste (1).

Hay viuda que por sus pies
suele hacer con bizzaría
más cabalgada en un día
que los moros en un mes;
no son tocas las que ves,
que aunque traerlas profesa,
son manteles de una mesa
que a nadie el manjar resiste.

Lindo chiste.

Cásase en hora menguada
el galán sin plata o cobre,
y viene a cenar el pobre
con salva la desposada;
del dote, que es poco o nada,
con calzas de obra se labra;
pero luego, aun de palabra,
no tiene calzas el triste.

Lindo chiste.

Cásase con bendición
el que las leyes escarba,
por añadir a su barba
aderezos de cabrón;
luego, con satisfacción,

(1) Cfr. los versos del cap. IX de *El buscón*.

un corregimiento afana;
viénensele a dar de plana:
vuelve en sayas el limiste (1).
Lindo chiste.

Van tras esta piececita los versos «Hónranse de tantos modos» y siguientes, que fueron cercenados de la letrilla que empieza «Las cuerdas de mi instrumento» (2), y que también figuraban en la misma forma en el manuscrito que vió Deblay, que los transcribió entre las poesías inéditas en el lugar citado. Remata esta serie de composiciones que examinamos la más considerable de todas por su extensión, muy superior al tipo corriente de poesías de Quevedo. Que es de éste no creo ofrezca la menor duda, pues más aún que la alusión que hace a su propio apellido en el cuarto verso pesan las características de la pieza misma, completamente quevediana por los temas tratados y la manera de desarrollarlos. Fernández Guerra se refiere a ella en nota a las *Indulgencias concedidas a los devotos de monjas*, sin exponer tampoco dudas sobre su autenticidad (3). Es la única mención que de ella veo, habiendo sido inútiles todas mis pesquisas; pienso, pues, que el manuscrito que tuvo en sus manos Guerra se hallará con los que reservaba para su edición de las poesías, y que Janer y los demás editores de éstas no lo han tenido a su alcance. Desde luego puede decirse que ha tenido muy corta divulgación, pues no sólo no hacen alusión a ella los editores de Quevedo, sino que de todos los manuscritos que examinamos hasta ahora sólo en el que es objeto de este capítulo figura. Va, pues, transcrita la pieza a continuación, y sobre ella haré después algunas indicaciones que considero necesarias.

(1) Limiste: paño fino. En nuestro manuscrito dice: vuelve el sayal en limiste.

(2) Cercenada sigue en la edición de Rivadeneyra (tomo LXIX, pág. 89) y en la de los Bibl. And., siendo de extrañar que Fernández Guerra no viese ningún manuscrito de los muchos que contienen los versos suprimidos en la edición de *El Parnaso español*, por lo que es más bien de creer que los desdénase por considerarlos pegadizos. En uno de los manuscritos que he examinado figura la pieza aumentada hasta once décimas, que tal vez publique cuando dé noticia de dicho códice.

(3) «Tiénesele también —dice— por autor de una larguísima composición nombrada *Exenciones concedidas a las monjas*... Desnuda de corrección y de todo género de decencia, no basta que la recomiende un gran conocimiento del corazón humano para mececer lugar entre las obras no indignas de don Francisco» (*Autores Españoles*, tomo XXIII, pág. 472). Parece que el biógrafo de Quevedo debió ver un poco a la ligera esta composición, pues el lector podrá advertir que no es por el conocimiento del corazón humano por lo que descuella, ya que en resumen de cuentas no aporta grandes novedades de observación, sino por su gracia sostenida al tocar tantos registros de un mismo tema. En cuanto al lenguaje, si peca por desenvuelto, por igual pecan la generalidad de sus obras de burla, y es claro que de ponernos en el punto de vista de las exigencias de ahora, habría que descartar lo mejor de nuestro poeta y de otros muchos escritores de tiempos pasados.

EXENCIONES CONCEDIDAS A LAS MONJAS

«Don Verenguel Sargento Mitrídates
de la casa de orates,
que resido en Toledo,
ministro general por lo que vedo
en partes eclesiásticas.
Salud y gracia a todas las monásticas (1),
que al monástico estado
siempre favorezcamos
y nuestra autoridad interpongamos
en todas ocasiones,
concediéndoo algunas exenciones.
Nos, inclinados al humilde ruego,
porque tengáis sosiego,
en esto os concedemos
todas las facultades que podemos
de alivio y de contento,
con que paséis tan largo encerramiento.
Podréis tener devotos de ordinario
que os den lo necesario,
por ser negocio justo
que encerradas tengáis provecho y gusto.
Cuántos no limitamos,
que a vuestra voluntad lo reservamos.
Tened muchos, si muchos se ofrecieren,
cuando todos os dieren (2);
el que no, santigualle,
poniéndole de pies luego en la calle,
que galanes pelones
se hace:1 muy gentiles socarrones;
con éstos, vuestros tratos suspendemos:
de balde no queremos
que sustentéis amantes,
pues son las que así quieren ignorantes.
No admitáis gente pobre,
que con plata se bate bien el cobre.

(1) En el manuscrito: en todas las monásticas.

(2) El poner por delante la cuestión del interés cuando de amores de mujer se trata, es uno de los rasgos más frecuentes en las sátiras de Quevedo (véase el artículo citado en la nota núm. 2, de la pág. 128; págs. 47 y sigs.)

Algunas andaréis sobresalientes
buscando diligentes
la ocasión que se ofrece,
pues muchísimas veces acaece
salir a coyuntura
de encontrar algún lance de ventura.
Si acaso los devotos son noveles
celebrad sus papeles
con otras en corrillo,
notando disparate de loquillo,
que un devoto moderno
escribe disparates a lo tierno.
Si de muchos estáis favorecidas
andaréis advertidas
que sin nota de dolo
le digáis a cualquiera que él es solo,
para que sufra y calle
sin que puedan los cuernos molestalle.
Entrad al locutorio tropezando
y decid en llegando:
«Como no estoy usada
a salir a la reja, estoy turbada.»
Con esto el majadero
presumirá de sí que es el primero.
Cuando con un devoto negociare,
si acaso otro llamare,
al momento una amiga
dejará en su lugar, y ella le diga:
«Espere un poco ahora
que dicen que me llama la priora.»
Acuda luego al torno diligente,
hable al otro pariente,
diciéndole: «Querido,
a mal tiempo sin duda habéis venido,
que las libranzas dadas
tienen todas las rejas ocupadas.»
Cohechad la tornera, que conviene;
porque si alguno viene
se os puede seguir daño
descubriendo la traza del engaño,
y pagada en afecto
tendrán vuestros embustes buen efecto.
Si con uno os hallare el otro hablando,
y de celos rabiando

levantare quimeras,
afirmadle que es primo a fe de veras,
y no mentís en esto,
pues al fin ocupó primero el puesto.
Si queréis que del todo se desvele
celad antes que os cele,
que riñendo primero
con la vuestra saldréis, y el majadero,
aunque no tenga culpa,
habrá librado bien si se disculpa.
Cuando de vuestro trato casi cierto
os apretare, advierto
que os llaméis desgraciada
llorando vuestra suerte desdichada,
que llantos son bastantes
a volver cera pechos de diamantes.
Mas si tan obstinado el galán fuere
que apartarse quisiere,
decid que procuraba
una leve ocasión y deseaba
que el tiempo se la diese
para dejaros cuando se ofreciese.
Si vuestro cuyo (1) muestra su derrota
buscando otra devota,
disimulad discreta
y procurad que al son de su corneta
con dos baile otro amante,
haciendo un matachín al inconstante.
No suspiréis jamás por los ausentes,
pues no faltan presentes
que al ausente querido
lo hagan entregar a eterno olvido;
y si lo nuevo aplace,
aplace lo presente y satisface.
Procurad no querer jamás de veras,
que son vanas quimeras;
ya pasaron los fueros
de las antiguas Tisbes y los Heros;
pues las más principales
aplican su querer a los reales.
Si no tenéis amor dejad recelos,
pedid fingidos celos

(1) Cuyo: galán.

quejándoos de infeliz en los amores;
con este cebo atraen sus amadores
las que sin amar celan
cuando con sus embustes amartelan.
Las unas a las otras compañeras
seréis casamenteras,
que acomodadas todas
tendréis algún provecho de las bodas,
y de participantes
los regalos se van de los amantes.
Cuando por el devoto no hay licencia
usad de la prudencia;
llegaos a la priora
y decidle: «Licencia, mi señora,
que me llama mi hermano»,
y luego la tendréis como en la mano.
Si dice que llevéis escuchadera,
y que de otra manera
no salgáis a la reja,
con caricias y dádivas la vieja,
quedándose a la puerta,
no escuchará ni oirá (1) más que una muerta.
No gustéis de vicarios mozalvillos,
que siempre son loquillos;
pónense a los cantones
y atisban ninfas hechos motilones,
y éstos con amor pagan
queriendo que les den y satisfagan.
De galanes que dan en ser poetas
huid si sois discretas,
pues con tratos diversos
nunca regalan sino sólo versos;
buscad poetas mudos
de los que no dan coplas, sino escudos.
Con soldados, con pajes y estudiantes,
que son como viandantes,
no acomodéis el trato,
que procuran comprar lo más barato;
fingense caballeros
y tienen más piojos que dineros.
Con frailes, hijas mías, ni aun por lumbre,
que os darán pesadumbre;

(1) El manuscrito ofrece bastantes lecturas dudosas. Aquí dice «ora» que puede entenderse «oirá» o «ará» (hará).

porque, como taimados,
regalan poco y viven recatados;
mi parecer es éste:
que huyan de los frailes como peste.
Prohibimos el trato con capones (1)
aunque os ofrezcan dones,
que es notable despecho
el ver que nunca sean de provecho,
en casos no pensados,
que capones son más que amujerados.
Si endevotáis parientes dais en laja (2),
que parentesco es paja;
basta, si sois prudentes,
tratar a vuestros deudos por parientes,
que no podrán celaros
y como deudos pueden regalaros.
Nunca me desecheis devoto viejo,
y tomad mi consejo:
su devoción no es mala,
pues para que le quieran da y regala;
mozos hallaréis ciento,
por otra parte, que os darán contento.
Prebendados buscad y colegiales (3),
porque gastan sus reales
y dan como señores.
Con clérigos también tratad amores,
de los que tienen renta,
no con los pitanceros, que es afrenta.
Si fuere vuestro trato con casado,
tendréis mucho cuidado
de que su mujer venga
a veros y hablaros; como tenga
por bueno este concierto,
regaladle y habladle con gran tiento:
los dos abonarán vuestro partido,
y mujer y marido,
si tienen pechos nobles,
os han de tributar regalos dobles;

(1) Trata más donosamente este tema en el soneto *A la hermosura que se echa a mai prendada de un capón* (*Autores Españoles*, tomo I.XIX, pág. 424); es tema que cultivó mucho.

(2) Laja: escollo.

(3) A los eclesiásticos, más que como dadivosos, suele ponderarlos Quevedo en sus burlas como expertos en achaques femeninos. Véase por ejemplo este pasaje de las *Capitulaciones matrimoniales*: «... si la tal novia, recibida a prueba, saliere traída, la pueda volver y quedar libre, o se haya de apreciar por un canónigo, o por otra persona de ciencia y experiencia en razón de virginidad, el daño y menoscabo». (*Autores Españoles*, tomo XXIII, pág. 467.)

seréis de ambos querida
y vuestra boca al fin será medida.
Si os dieren, recibid de buena gana,
que es condición villana
no recibir ofrendas;
recibos en las monjas son prebendas
con las cuales se humanan,
pues por ellas a dar gusto se allanan.
Procuraréis, si hacéis regalo alguno,
que os den ciento por uno,
porque no es permitido
que salga lo comido por servido,
y es plaga vuestra vieja
el dar aguja para sacar reja.
Lisonjear podréis, que las lisonjas
son propias de las monjas,
y no es negocio grave
engañar al martel a lo suave;
con esto el majadero
pagará las lisonjas a dinero.
A lo niño hablaréis: «No sea esquivá».
—*Cheriba, no cheriba.*
«Norabuena». — *No sabo.*
«Calla suso». — *No chero.* Pues al cabo,
con estas niñerías,
haréis más ciertas vuestras granjerías.
Si estuviere el devoto amartelado,
habladle almibarado,
pues al galán moderno
derriten las palabras a lo tierno,
*que a vos os cuesta poco
y él paga los requiebros como loco.
Fingid que estáis enferma de los meses,
que éstos son intereses
hijos de vuestra traza;
escribale una amiga y dele caza,
que necesariamente
os ha de regalar el inocente.
Si no sois en comidas regalada,
sentidlo poco o nada,
si os regalan con plata,
pues con ella en el mundo se contrata
y por el precio justo
podréis comprar lo que os diere gusto.

Al devoto pedid, sea quien fuere;
 si no se comidiere (?)
 no le haréis ofensa
corriendo el velo aquí de la vergüenza;
 pues pasáis muchos días
diciéndole una llena y dos vacías (1).
Si a pedirle no fueres atrevida
 por corta y comedida,
 tened siempre una amiga
a quien llamaréis madre, y ésta diga
 con el rostro risueño
lo que habéis menester a vuestro dueño.
Si grato fuere al dar, aunque sea necio,
 tenedle en mucho aprecio
 y alabad sus conceptos
llamándole «la nata de discretos»,
 mostrando buena cara
si la vuestra no es de balde cara.
Cuando con el devoto estéis hablando
 el mercader, bramando,
 entre y diga con fieros
que acabéis de pagarle sus dineros,
 y el galán comedido
lo pagará por no quedar corrido.
Si fuere boquirrubio dadivoso
 haced lance forzoso,
 entrando el buhonero,
el que vende las tocas o el platero,
 que entonces, por buen modo,
obligáis al galán lo compre todo.
Mostradle buenas joyas al devoto,
 de malicias remoto;
 decidle que os las venden
y que del coste y de la hechura pierden;
 dará el tonto los precios,
y esta traza se llama engañanecios.
A los que acariciareis permitimos
 les podáis llamar primos,
 hermanos o parientes;
con esto los Marías (?) pretendientes,
 ya como emparentados,
quedan a regalaros obligados.

(1) Obscuro en el manuscrito. Tal vez falten versos.

Si son bizarros y se hacen godos (1)
decidles mil apodos
de los de la cartilla;
veréis cómo el altivo más se humilla,
y de burlas o veras,
seréis, si no discretas, bachilleras.
Usad comparaciones de ordinario:
con el que no es cosario
triscando, si se ofrece,
decid que don Jerónimo parece,
por entretenimiento,
llamando don Jerónimo al jumento.
Si alguno pide que le deis la mano,
decidle que es temprano,
y si veis que se enfada
la mano le daréis como forzada,
diciendo: «¡Qué importuno!
En verdad que le doy lo que a ninguno.»
Permitimos palabras descompuestas,
aunque no sean honestas;
decidlas y escuchadlas
y con algún melindre celebradlas.
Ved y tocad figuras,
pues estáis de los cuerpos bien seguras
estando los devotos a la reja.
Haced, aunque seáis vieja,
cualquiera niñería,
que suele, con industria, sangre fría
sin fuego calentarse,
y siempre es de provecho el alentarse.
Haced alarde de pasadas glorias,
porque con sus memorias
recibirán los bríos,
y sintiendo calor los miembros fríos
la complexión se altera,
provocando al devoto que está fuera.
Dad dulce a los devotos cuando os vieren,
y si no lo comieren
os ofended diciendo
os habéis de enojar; porque comiendo
el dulce consideran
que gustaran del vuestro si pudieran.

(1) Hacerse de godos: blasonar de nobles.

Decid las cosas claras por sus nombres,
que ya gustan los hombres
de lenguaje casero,
pues no se llama término grosero,
a lo que yo imagino,
llamar carne a la carne, vino al vino.
Sacad palabras como de alambique,
decid «dedo meñique»,
«vilísimo rasguño»,
«la ignorancia», «cilantro» y «el dimuño»,
«las tiernas criadillas»;
las tenacillas llamaréis «pincillas» (1).
Medias de seda, ligas, zapatillos
traed con listoncillos
vistosos y galanos,
mas las piernas sin calzas los veranos,
que pueda el galán vellas,
para que más le amarteléis con ellas.
También podréis usar curiosidades
en vuestras mocedades:
zarcillos, gargantillas,
granates, perlas, joyas y sartillas
que ablandan pedernales,
que al fin se entiende que queréis corales.
Anillos de oro usad, que en el contorno
de los dedos adorno
hacen manos hermosas;
ya que vivís de un dedo deseosas,
que siendo crecidillo
hacer encaje pueda en vuestro anillo.
Cadenas no traigáis, pues en cadenas
estáis en graves penas
por vuestro encerramiento;
bastan-os las cadenas del tormento
que a las almas pusisteis
contemplando los gustos que perdisteis.
Usaréis de color los mantegüelos
por alivio de duelos,
cuando alcéis las basquiñas,
que es trance acomodado para niñas,
y al descuido descubren
lo que las sayas a pesar encubren.

(1) Aprovecha la ocasión, como siempre, para hacer mofa de los «cultos».

Si por tibio el devoto no pidiere
 más de aquello que viere,
procurad, con descuido y con cuidado,
 volver un poco el lado
 y alzád la gorgorica;
con achaque que alguna pulga pica
 descubriréis el pecho,
que todos son descuidos de provecho.

Si dice que fué traza cuidadosa,
 responded vergonzosa:
 «¿Hay cosa como ésta?

Eso no, mi señor, que soy honesta
 y es mentira formada.»

Al decir que lo hicisteis descuidada,
fingid que os enojáis; decid: «No chero,
 váyase el palabrero
 que me tiene ofendida;

yo le prometo y juro por mi vida
 que más de aquí adelante
no me suceda cosa semejante.

¿Hay mentira mayor? A fe, hermanito,
 que sois maliciosito
 y ya no chero hablaros»;

y él ha de procurar desenojaros,
 pensando que son veras
vuestros embustes, trazas y quimeras.

Vihuelas tañeréis a los seglares
 diciéndoles cantares
 que llaman seguidillas,

y bailables que al fin hacen cosquillas,
 pues con vivos meneos
los que os miran avivan sus deseos.

Haced comedias por tratar de amores,
 que son incitadores
 de las ocultas llamas,

y vestidas las unas como damas
 y otros como galanes
siquiera gozaréis los ademanes.

El clavicordio es música de cuenta,
 pues hace que se sienta,
 y su armonía provoca
a la que con destreza tecla toca.

También la arpa agrada,
que es música entre piernas extremada.

Bajón tañed, si sois para tocallo,
y en él sin duda hallo
muy buena consonancia;
haced salir las voces de importancia,
aunque cueste trabajo
llevar a buen compás gordo por bajo.
No des en comer barro colorado,
que si el color quebrado
es algo apetecible,
sospecharán algún caso posible,
porque presumen todos
que tales barros vienen a ser lodos (1).
El cielo sabe, niñas, si quisiera
que libertad os diera,
para que en la semana
salierais una vez, tarde o mañana,
adonde sin embargo
un ancho os dierais tanto como largo.
Poned en guardar esto diligencia,
y tened advertencia
que nuestras exenciones
son buenas para muchas ocasiones.
No perdáis coyuntura,
que quien pierde ocasión pierde ventura.
Si caso nuevo alguno sucediere,
en el cual conviniere
que os demos otra cosa,
no será nuestra mano perezosa,
porque luego al instante
daremos otra a ésta semejante.
Dado en nuestro Palacio Zite Vedo (?)
y nuncio de Toledo,
casa de los orates.
Don Verenguel Sargento Mitridates.
Tolino Verengario,
de cámara escribano y secretario.»

A quien no esté familiarizado con la literatura de los siglos pasados, parecerá cosa nefanda y condenable esta composición. Pero el tema de los amoríos de las monjas fué bastante tratado en burlas y en veras, y no sólo por Quevedo. Este, en general, se mantiene en un terreno no escabroso, hablando de los «devotos de monjas» en tono

(1) Cfr. el madrigal que empieza: «Tú sola, Cloris mía» (*Autores Españoles*, LXIX, pág. 146)

ridiculizador y despectivo, como de amantes que se consumen de amor en vano. Así, en este soneto *Al amor de monja*:

«A Tántalo nos pinta la poesía
con el agua hasta el pecho en una fuente,
debajo de un verde árbol que en la frente
le toca con su fruta fresca y fría.

Si comer quiere, el árbol se desvía,
y si beber, huye el agua prestamente,
y así, entre hambre y sed, tiene presente
el bien que tanto malgastar podría.

Aplique quien quisiere esta conseja
al avariento para sí inhumano,
que yo la aplicaré a quien monjas quiere.

Pues de su agua y fruta tan cercano,
con hambre y sed rabiosa vive y muere,
y cuando mucho tócale una mano» (1).

También el *Buscón* da «en amante de sed como cofia y, por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galán de monjas», y en su aventura reconoce que los tales «nunca salen de vísperas del contento, porque no se les llega el día jamás»; y tras de ofrecer con gran donaire el ridículo cuadro que componían sus camaradas, da pronto fin a su galanteo llevándose lo único que le es dado conseguir de su amada: «cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ámbar y dulces» (2). En el mismo tono se burla Quevedo de los devotos de religiosas en las *Premáticas y aranceles generales*, en la *Casa de locos del amor*, etc., y en parecidos términos se expresan Cervantes, Góngora, Luján de Saavedra y otros (3). Lo que sí hace Quevedo en la pieza transcrita es tratar el asunto mucho más por extenso que de ordinario; y es que realmente acumula aquí varios temas favoritos que no se contienen en el caso particular de los amoríos de monjas, sino que tocan todos los registros del amor en general, a la manera que él usó pintarlo en sus burlas.

B. SÁNCHEZ ALONSO.

Centro de Estudios Históricos.

(1) *Autores Españoles*, tomo LXIX, pág. 490. En otro manuscrito he visto unas décimas *Contra monjas*, sin indicación de autor, que sólo examiné aún ligeramente y que recuerdan este soneto. Empiezan: «Son los amores de monjas | Devociones en latín...» y cada décima acaba por uno o dos versos en latín macarrónico.

(2) *Vida del Buscón*, edición de A. Castro (tomo V de *Clásicos Castellanos*, págs. 252-260).

(3) Véase la nota de Fernández Guerra en las *Indulgencias (Autores Españoles)*, tomo XXIII, pág. 472; la de A. Castro en la *Vida del Buscón*, loc. cit.; etc.

III

Será dedicado este capítulo a dar noticia del contenido de un manuscrito que poco aporta al fondo de las poesías inéditas de nuestro autor, pero que tiene no escaso interés para el estudio de varias de sus composiciones. Pertenece, como todos los que dan materia a estos artículos, a la Biblioteca Nacional (Ms. 3.895, ant. M. 393).

Al folio 58 se halla el *Soneto del trato común de Madrid y su corte, de D. Francisco de Quevedo* («No sé qué escriba a vuestra señoría...»), que ha sido publicado a nombre de Góngora (*Autores Españoles*, XXXII, 446) y al de Quevedo (primero por Castellanos, y, tomándolo de éste, por Janer, *Autores Españoles*, LXIX, 488, donde no se hace mención de su inserción anterior a nombre del poeta cordobés, a quien creo más bien que deba ser atribuido).

En el folio 62, sin indicación de autor, se hallan los versos *A una s^a dama hermosa y moza enamorada de un capon viejo llamado Castro. Coplas con artificio*. Esta composición es la que figuraba con alguna variante de título en el índice de los Iriartes de la Biblioteca Nacional. El manuscrito correspondiente desapareció, y Guerra incluyó esta pieza entre las perdidas (1). Más adelante halló Ernesto Mérimée otra copia en un códice de la Biblioteca Nacional de París, con distinto título, y la publicó en un apéndice de su estudio sobre Quevedo (2); no obstante, en la nueva edición de los *Bibliófilos Andaluces* sigue figurando como perdida, y no se hace alusión alguna a su publicación por Mérimée. La copia que yo he encontrado en el manuscrito presente difiere bastante de la de París, y es de gran valor para completarla en unos casos, y en otros para corregirla, permitiéndonos así sustituir el galimatías que se vió reducido a ofrecer el excelente hispanista por un texto que hubiera sido perfectamente claro e inteligible si a nuestro ejemplar no le faltasen dos estrofas, lo que obliga a atenerse exclusivamente en tales pasajes al de Mérimée (3):

(1) «Obras perdidas, 274. *Sátira a una novia que estando tratada de casarse con Quevedo, sus padres la casaron con un caballero llamado Castro, teniendo por devotos un fraile, un viejo y un capón.*» (*Autores Españoles*, XXIII, pág. XC.)

(2) *Essai sur... Quevedo* (París, 1886), pág. 436.

(3) Mérimée reconoció noblemente la imperfección del texto: «il y a—dice en nota—deux ou trois passages que je ne puis lire ou dont le sens m'échappe.» Además, reprodujo los versos con la bárbara ortografía que tenían en su copia, y de todo ello resulta una lectura sobremaneira incómoda e insuficiente. Con notas aclaratorias, casi siempre aceptables, corrigió algo su oscuridad. En el texto que ofrezco adopto unas veces las lecciones del manuscrito de París, otras las del de Madrid y alguna me separo de ambos: en nota van las variantes, designando con la letra M el de Mérimée y con B el de nuestra Biblioteca Nacional. Algunos vocablos de escritura dudosa no afectan a la inteligencia del texto.

- | | | |
|-----|---|---------------------------------|
| 1. | «Señora, no me fastidia
ni mueven mi pluma y labios
ni causan en mí desvelos
antes alabo a los cielos | envidia,
agravios,
celos; |
| 5. | de que os sirva un impotente,
porque el alma así no siente
envidia, agravios ni celos. | |
| | Díome un tiempo el huído amor | dolor, |
| | el ver sus deseos logrados | cuidados, |
| 10. | y que os gozasen sus ojos
supe sus aceros flojos,
y entendida su impotencia,
cesaron en mi conciencia
dolor, cuidados y enojos. | enajos; |
| 15. | Es Castro el nombre abreviado
y castro con sólo el basto
castrado y casto varón
mal os podrá hacer buen son
sin que cascabeles toque, | castrado,
casto,
capón; |
| 20. | quien es, en toque y emboque,
castrado, casto y capón. | |
| | Sé que es vuestro amante rojo | flojo, |
| | su pica, taco y billorto (?) | corto, |
| | y que no tiene esta pieza | cabeza; |
| 25. | mal jugará con destreza
instrumento tan mellado,
pues estará siempre helado,
flojo, corto y sin cabeza. | |
| | Fáltale a vuestro Escipión | bastón, |

Satiras a húa dama que se queria casar com hum F.^o de Castio Inpotente, M.

4. A los [los, B.].
5. Sirva [goce, B.].
6. Porque así el alma no siente, M.
- 8-14. Faltan en B.
15. El nombre [nombre, B.], castrado [castrago, M. de castrado, B.].
16. Y castro a quien falta el rostro, M.
17. Varón [en varón, B.].
18. Mal pederon hacer buen son, M.
19. Sin que [aunque, M.].
20. Toque [saque, B.], emboque [en boque, M.].
22. Bien se queste amante roxo es floxo, M.; ese vuestro... [igual a M.], B.
23. Su piqua, taquo y belarto, carto, M.
24. Pieza cabeza [pieca cabieca, M.].
25. Ni su gara con distresa, M.
26. De instrumento tan melado, M.
27. Porque esta de puro usado, M.
28. Floxo, carto y sin cabeza, M.
29. A vuestro [au vestro, M.].

30. y con que a guerra os provoque estoque,
y para entrar la Goleta jineta;
y así a la primera treta
asaltos os faltarán,
faltándole al capitán
35. bastón, estoque y jineta.
No correrá con pujanza lanza,
ni con gritos ní a lo sordo bohordo,
ni a fuer de juego de España caña;
si el corazón no me engaña
40. la boda será funesta,
pues no se enristra en la fiesta
lanza, bohordo ni caña.
Si no empuña Mandricardo dardo,
ni dispara en vuestro Armuz (?) arcabuz,
45. ni enciende cuando os pertrecha mecha,
siempre andaréis con sospecha,
señora, al dar el asalto,
de hombre que veis que está falto
de dardo, arcabuz y mecha.
50. Es un bravo sin espada nada,
reloj con pesos sin mano vano,
y un impotente en el lecho sin provecho;
ved, señora, el pie derecho
primero que le [junteis],
55. mirad que después no halléis
nada vano y sin provecho.
Si al potro el ijar no bate acicate,
y a la yegua que más vuela espuela,

30. Y con que [con que, B.; comque, M.].
31. Y para entrar [para entraros, B].
33. Asaltos no os faltaran, B.
34. Si no empunya el capitán, B.
36. Non correrá con puyanca lanca, M.
37. Ni com gritos ní a sos ordo, M.
38. Juegue, M.
41. Pues [sí, B.].
43. Sinco enpuna Manricardo, M.
44. Armuz [Ormus, M.].
45. Cuando os pertrecha [quando espetucha, M.].
46. Andaréis [andara, M.].
47. Al dar el asalto [q. otro vos de asalto, M.].
48. Un pobre que ve q. es falto, M.
50-56. Faltan en B.
50. Sin [sien, M.].
52. En el lecho [en el echo, M.], simprovecho [siem provecho, M.].
54. Merimée sospecha que «gunguéis», que es lo que lee en su manuscrito, sea escritura defectuosa en vez de «juntéis».
56. Sin provecho [siem provecho, M.].
57. Si el potro el hy ar nobate, M.

60. y a la mula cuando rúa púa,
en ser lerda se habitúa,
mucho más es la mujer
si no la pica al correr
acicate, espuela o púa.
65. Fué un tiempo vuestro varón capón,
y éste que amais al presente impotente,
amén de otro monje anejo viejo;
señora, mi mal consejo
se que corráis buen caballo,
y no toméis para gallo
70. capón, impotente y viejo.
Vos tenéis, señora polla argolla,
y en Castro contemplo solas bolas,
y en el capón viejo y flaco taco;
de aquí, mi señora, saco
75. que uno destos solo y vos
nunca juntaréis los dos
argolla, bolas y taco.
Plegue a Dios no sea Castro
de vuestro gusto y jardín padrastró,
80. o que sea del hortelano mastín,
gozad del garbo lozano alano;
y apartad vuestro querer
de un marido que ha de ser
padrastró, mastín y alano.
85. Tenga otro en vuestro sollozo gozo,
y en vuestro burlado intento contento,

-
59. Y al caballo, B.; que rehua, M.
60. Lerdo, B.
61. Y mucho más, B.; y lo mesmo es la mujer, M.
62. Si no le batien al correr, M.
64. Es vuestro varón, B.
65. Y el que os goza al presente, M.
66. Merimée entiende que «anejo» está por «añejo».
67. Toméis [busquéis, M.].
72. Y en esto contemplo solas, M.; y a Castro contemplo a solas, B., bolas [sin bolas, B.].
73. Y en el capanaco flaco, M. Por ser capón viejo y flaco, B., taco [Tacco, M., mal
taco, B.].
76. Juntaréis [untaréis, M.].
77. Argollas, M.
78. Padastro, M. y B.
79. Gusto [falta, M.].
80. O sea, M.; y que sea si es del, B.
81. El garbo, B., garbolocano, M.
82. Antes que seáis mujer, M.
83. Del marido, B.
84. Padrastró, M. Padastro, B.
85. Sollecos gocos, M.

y en veros quemar y arder placer;
que a mí no me dieron ser
riscos, bronce o pedernales,
90. que tenga de vuestros males
gozo, contento y placer.»

Además de las indicadas, el manuscrito abunda en composiciones de temas marcadamente quevedescos. Así una sátira, que aparece sin autor ni título, con este estribillo:

«Buena o mala condición,
que yo soy desta opinión»,

y cuyo verso primero es «Tiéneme el mundo enfadado» (fol. 55 v.); pero el frecuente cultivo de este género por los muchos satíricos de aquel tiempo, dificulta la atribución a uno determinado, al no tener, como no tiene ésta, características muy precisas. Hay también sátira contra Olivares, con otras a su mujer, que no tengo por de Quevedo. Sí me parece de él una *Canción heroica en forma de epitafio que mandó escribir sobre su sepultura una chuzona celestina que la enterraron en la sepultura de un astrólogo y se burla dellos*, que empieza «Aquí estoy, caminante, en competencia» (fol. 58 v.), así como otro epitafio, también anónimo, *A un mercader italiano llamado Julio* («Aquí yace el grande Julio», etc., fol. 59 v.) (1). Otro epitafio («Aquí yace sepultada | la valiente Fierabrás...») y un soneto contra los cultos («A la gruta voraz sediento Oronte»), que siguen a aquéllos, pudieran también serle atribuidos; pero no siendo segura su paternidad de estas piececillas ni teniendo especial interés, me limito a consignar su lugar y primeros versos, para no alargar con su inserción estas notas. Transcribo, por el contrario, unas décimas que van a continuación (fol. 59 v., repetidas en el fol. 66 v.), seguramente ajenas a Quevedo, pero que nos dan ocasión para entrar en un tema que no holgará apuntar aquí:

CONTRA MONJAS

«Son los amores de monjas
devociones en latín,
de los engaños el fin
y el fin son de las lisonjas;
son a lo divino esponjas,

88. Que a mí no me ha de mover, M.

91. Gocos contentos y plaxer, M., o plaxer, B.

(1) Se refiere, sin duda, a un librero pederasta, del que en otro manuscrito, que más adelante citaré, he visto otro epitafio a nombre de Quevedo. Ambos son impublicables.

que en agarrando al charissimo,
aunque el tal sea pobrissimo,
ellas saben tanta letra
que producunt mal de petra,
oleum de saxo durissimo.

El que las trata de amar
siempre anhela por subir,
él por ser Guadalquivir
y la monja por ser mar.

Devoto, ¿en qué has de parar?
Mira que el que monja amare
es bien que cuerdo repare
ser al fin su devoción
de Pedro la confession,
que foras flevit amare.

La que más de veras ama,
cuando su amor encarece,
entre los dulces que ofrece
va mezclada la retama.

Si al dar la mano se inflama,
le dice al que más la vale
que cien doble ha de pagalle,
y al que se lo ha dado todo
le deja presto del lodo
in hac lachrymarum valle.

Es un falso matrimonio
que nunca el débito paga,
en donde el gusto se estraga,
Tántalo hecho del demonio;
es un cierto testimonio,
si diestro sus gustos mides,
pues en vano siempre pides,
y después de cobejarlos
verás sin ver que al gozarlos
te sufficit sola fides.

Hágase tu voluntad,
te dirán, porque es la mía;
entre estos hierros se enfria
de mi calor la mitad.

Ea, dovoto, despertad,
que a los fondos destos montes,
por confusos horizontes
llegaréis, contento y ledó,
cuando mucho, a echar un dedo
inter rippas Acherontes.

Porque su amor, siempre falso,
cuando imposibles suspiran,
siempre ellas los toros miran
siguras; del cadaalzo
corren al rico; al descalzo,
por más que amor las provoque,
pese a su toque y emboque,
cuando en hablar desatinan,
para engañarle declinan
el quis putas in utroque.» (1)

Como se ve, esta composición es una más dentro del tema de los amantes de religiosas a que en el artículo anterior se hizo ya alusión, con ocasión de unas *Exenciones* de Quevedo allí dadas a luz. No añade a lo ya conocido otra nota original que los finales de estrofa en latín macarrónico, los cuales salvan un tanto la monotonía del tema y de su expresión poética.

Nacida acaso del mismo ingenio, se halla, entre las dos copias de esta pieza, otra, también inédita y más extensa, sobre el propio asunto, desprovista de todo valor literario, pero que pudiera tal vez resolver un pequeño problema quevediano: el de la paternidad de las *Indulgencias* en prosa (*Autores Españoles*, XXIII, págs. 472-473). Esta composición no ha sido publicada hasta tiempos muy modernos; pero nunca se abrigaron dudas acerca de su autenticidad, que parecía asegurada por la mención que de ella hacen los autores del *Tribunal de la justa venganza* y la abundancia de manuscritos que la insertan a nombre de Quevedo. Pero al ser publicada en 1911 la obra del portugués Pinheiro da Veiga, titulada *Fastigimia ou fastos geniaes* (2), escrita a principios del siglo XVII, pudo verse que en ella las *Indulgencias* eran atribuidas a la paternidad del historiador fray Bernardo de Brito (3), cuya noticia — en que no paró mientes el editor portugués —

(1) No respondo de la absoluta fidelidad de esta copia, en que he tenido que hacer algunos cambios de lecturas, a todas luces absurdas, del texto que poseía.

(2) *Fastigimia*, por Thomé Pinheiro da Veiga (Turpin). Porto, 1911, un vol. en 4.º Tiene un estudio preliminar de José Pereira de Sampaio, y forma el volumen III de «Bibliotheca Publica Municipal do Porto. Collecção de manuscritos ineditos agora dados á estampa».

(3) «... o Constantino disse: que lhes daria humas indulgencias e privilegios concedidos pelo amor aos devotos das freyras, á instancia de hum grande devoto seu, e a todos os que troxerem huma medalha da sua insignia ou graos da Arvore da vida, os quais fêz Fr. Bernardo de Brito: e ainda que lá sao velhas, ellas as festejaram. e por isso ponho as que me lembraram». Y a continuación pone en portugués un texto muy semejante a las *Indulgencias* pues publicadas a nombre de Quevedo.

tuvo entre nosotros más difusión al ser traducido el libro en castellano (1).

El testimonio de Pinheiro, como de coetáneo que se nos muestra muy al corriente de la vida de la España de su tiempo, en cuya corte residió, es de mucho peso. Pero, de otra parte, la obrilla, cuya paternidad adjudica al fraile portugués, encaja tan a maravilla en el cuadro de los discursos festivos de Quevedo, que ningún aficionado a sus agudezas se resignará sin protesta a verle despojado de su creación. Meditando sobre ello, pensaba yo que la abundancia de piezas sobre el mismo tema, piezas que, para mayor confusión, circulaban solamente manuscritas o de viva voz, pudo despistar a Pinheiro, dando así una composición de Quevedo como escrita por Brito, a quien sabría autor de alguna sobre el mismo asunto. A tal presunción ha venido a dar fuerza el hallazgo de los versos a que me estoy refiriendo, que no sólo coinciden en el tema general con las *Indulgencias* en prosa tenidas por de Quevedo, sino que están calcadas sobre ellas. (La tesis contraria: que las en prosa imiten a las versificadas, es insostenible, pues a las claras está que los concisos y chispeantes pasajes de aquéllas están glosados y parafraseados, perdiéndose buena parte de su gracejo por la verbosidad amplificadora del versificador.) Este tuvo también probablemente a la vista las *Exenciones* dadas a luz en el artículo anterior, de las que toma la forma métrica y tal vez algunos conceptos. Que la imitación no es obra de un poeta se ve a la primera ojeada; los versos, nutridos de ideas ajenas, están penosamente contruidos y mal escogidos los vocablos, deformados con frecuencia para atender a las exigencias de la rima. En cuanto a la manera de tratar el asunto, dentro de la estrecha imitación en que se mantiene el glossador, parece éste revelar más preocupación moralizadora que el original, cuyas breves frases de mero chiste refuerza con ampliaciones de tipo sermonario. Estas características de la composición inédita parecen denunciar a un hombre de iglesia que un buen día quisiese ejercitar su ingenio, poniendo en verso una piececilla no exenta de moralidad, dentro de su tipo picaresco, aun a riesgo de mostrar una vez más que nunca segundas partes fueron buenas.

A fray Bernardo se le ha atribuido, además de las obras históricas,

(1) *Fastiginia o Fastos geniales*. Traducción del portugués por Narciso Alonso Cortés. Prólogo de José Pereira de San. paio. Valladolid, 1916, un vol. en 4.º La noticia aludida está en la página 162. En la segunda edición de la *Historia de la Literatura española*, de Hurtado & Palencia, se consigna ya la atribución a Quevedo como dudosa. Sin embargo, en la última edición que conozco de las *Obras satíricas y festivas* de Quevedo, la del Sr. Salaverría (Madrid, 1924, tomo LVI de *Clásicos Castellanos*), las *Indulgencias* siguen figurando a nombre de nuestro autor, sin que el editor se haga eco de la duda

que son lo sustantivo de su producción, un tomito de versos, predominantemente amorosos (1); son en su mayor parte portugueses, pero figuran entre ellos algunas poesías en castellano, encabezadas por el romance que empieza «Dime, graciosa Tarifa...» La atribución de este libro al fraile lusitano, que nunca fué segura, se considera actualmente como muy aventurada (2), y ciertamente que para el nacionalista que era fray Bernardo no parece el pasatiempo más congruente la composición de poesías castellanas en un tiempo de hispanofobia, despertada por la incorporación de Portugal a la corona de España. En cuanto a obras picarescas del tipo de las *Indulgencias*, sólo Pinheiro, que sepamos, hace la atribución antes señalada, y esa falta de notoriedad como escritor festivo se explica mejor suponiéndole autor de una desmañada imitación que de una chispeante pieza original.

Como resumen de impresiones debe decirse que cuesta trabajo imaginar a Brito ocupado en recreos literarios tan distantes de lo que de su principal actividad sabemos; pero si en efecto hizo algo sobre el tema de los amoríos de monjas, yo le atribuiría esta imitación u otra de las que tal vez hubo; pero en modo alguno las *Indulgencias* en prosa, que denuncian en su factura a un satírico muy versado en su oficio, y no sólo se ajustan al tipo general de las obras burlescas de nuestro autor, sino que hasta en sus menores detalles son de inconfundible traza quevediana.

Resta decir sobre este tema que he visto también, no sin sorpresa, atribuidas las *Indulgencias* en prosa al propio Pinheiro (3), sin que conozca los fundamentos de esta nueva paternidad. Que Pinheiro era «homem de muito chiste», como dicen sus biógrafos, y que «o seu genio faceto lhe inspirara varias obras em que amenisava a aridez do trato da jurisprudencia» (4), basta a mostrarlo la obra donde consta la noticia que da ocasión a estas disquisiciones. Pero si él mismo renegase de una composición propia, por creerla indigna de su ingenio o de su moralidad, no es lógico que la cargase en cuenta a su respetable conterráneo, teniendo a la mano el expediente de achacarla «al vulgo», como es tan corriente al mencionar las piezas satíricas de aquel tiempo.

(1) *Silvia de Lisardo*, Recopilada por Lourenço Craesbeck. Lisboa, 1626.

(2) Aubrey F. G. Bell (*Portuguese Literature*, Oxford, 1922, pág. 139) no admite la atribución a Brito de la *Silvia de Lisardo*, que dice debe quedarse en anónima.

(3) «... todavía tiene por de Quevedo las *Indulgencias concedidas a los devotos de monjas*, estando demostrado que pertenecen al portugués Pinheiro da Veiga», dice el Sr. Astrana Marín en un reciente artículo. (*El Imparcial* de 22 de mayo de 1927.)

(4) Pereira de Sampaio, en el prólogo de su edición de la *Fastigimta*, ya citada.

He aquí ahora la imitación versificada:

INVECTIVA DE UNAS INDULGENCIAS BURLESCAS CONTRA LOS BOQUIABIERTOS
DEVOTOS DE MONJAS

«Indulgencia y perdones
no son del papa, sino dos bufones
de Venus y Cupido,
que papas del amor lascivo han sido,
dadas y concedidas
a los bobos devotos que sus vidas
dedican a las monjas,
de la bolsa más llena siempre esponjas:
que entre virgen y madre
chupan y enjugan la del más cofadre.
Con arte y travesura
sin jugo dejan de oro la más dura
del bobarrón devoto,
que echó tanto su hacienda en saco roto,
pues sin saber por donde
del pozo se le va el agua y asconde:
que entre amores y fieros
se la chupan monjiles desafueros.
Y si por su consuelo
pide el signo de Virgo, que en el cielo
dicen que fijo está, y que él [con] su oro
compre el de Aries, Capricornio y Toro,
que al devoto novillo
en toro manso saben convertillo;
que el de Virgo, su padre
les quitó ya en [el] vientre de su madre;
para que al mundo asombre
ver una virgen madre en solo un nombre,
que en amores tiranos
devotos hace los malos cristianos,
transformados en brutos,
de honra, hacienda y salud dejan enjutos.
Una mujer devota,
porque vió a su marido en tan gran nota,
que en esta cofradía,
camaleón y Tántalo, vivía
del aire sustentado
y de un rostro monjil enamorado,
y que olvidando a ella
por la monja, al cielo se querella

con celos y con ancia
viéndole tan perdido y sin ganancia,
sin tener esperanza,
pues allí el que más da menos alcanza,
porque tuviese alguna
a Cupido y a Venus importuna,
que a sus impertinencias
concedan jubileos e indulgencias
a cuantos necios viven
en devoción, y son las que se siguen:
Primo a los descuidados
de sí, y sólo en su monja transformados,
que en todo divertidos
la idolatran con sus cinco sentidos,
trayendo su medalla,
cuentas, rosarios que él procuró hurtalla;
si las besa en su ausencia,
cien años de locura en penitencia.

Item si el tal devoto
de hacienda y de vestido se ve roto
y ofrecer no pudiere
y en sonetos y coplas pagar quiere,
entrando en esta seta,
sea un año loco y pobre. y tres poeta.

Item al que en su archivo
idolatra en su amor contemplativo,
con un y otro billete
que envió o recibió allá en su retrete
con gozo y alegría,
quince años se le dan de bobería,
y al viejo arrepentido,
dos cuarentenas de tiempo perdido.

Item al más devoto
que no supo en su bolsa poner coto,
gentil cristiano o moro
diere a su monja en piezas plata u oro,
por tullido jumento,
un año y medio de arrepentimiento,
y si en darla porfía,
dos cuarentenas de bolsa vacía.

Item al que ignorante,
porque en merecimientos se adelante,
sin que en nada repare,
su monja en lodos y aguas visitare,

y entre los mentecatos
su capa moje, ensucie los zapatos,
a su amor sucio y terco,
dos años se le dan de torpe y puerco;
si le parecen pocos,
treinta de habitación entre los locos.

Item al que de día
devoto perseverare en su monjía,
y de día y de noche
se duerma y se despierte a troche y moche
en su monja pensando
y en su ausencia sus prendas adorando,
por acción tan avieza,
diez años de dolores de cabeza;
y si protervo peca,
doscientas cuarentenas de jaqueca,
y entre tantos excesos,
mil y doscientos años de bostezos.

Al que, pavón con cresta,
le haga el gasto en su solemne fiesta
de las Pascuas, o al santo
que fuere de su nombre, sin espanto
se deje colgar della
pagando el coste que a su bolsa mella,
por liberal de estofa,
diez años de bufón con risa y mofa;
y a la bolsa, en su modo,
por modo de sufragio un año todo.

Quien, dellas confiado,
se dejare engañar enamorado
de su lengua suave,
que, astuta, cuanto él dice y hace alabe,
y cree de su dama
que no miente si dice que le ama,
por su grande pacencia,
seis años de cordero en penitencia;
y si fuere casado,
diez de cabrón por la razón de estado.

Item al que, travieso,
no contento con una, pierde el seso
por otra, de secreto
procura enamorarse en todo efeto,
o la escribe billete,
o la envía o regala en su alcabue,

cuando la otra lo entienda
y no se confiare de la enmienda,
diez días con los celos
de enfados, [puños (?)] llantos y recelos.

Item al que penando
la paga o galardón está esperando
de la taimada monja,
que dárselo promete con lisonja
cuando alargue la mano,
si toca un dedo, un año de villano,
y por su triste estrella,
tan lejos se halle de su ingrata bella
siempre que duerma o coma,
como está lejos del San Pedro en Roma.

Al que destos bobones
persevere en ganar las estaciones
en su santo convento,
en Cuaresma, por Pascuas y en Adviento,
aunque vaya de espacio,
doscientas cuarentenas de cansacio,
y entre ellas de pesares,
de riñas y mohinas diez millares;
diez meses de higas e higos
que le darán de mofa sus amigos.

Al necio que, ignorante,
muera en tan mal estado firme amante
en amor tan profano
con nombre de devoto mal cristiano,
sin que esté bien previsto
que ha sido antecesor al Antecristo,
y en tal estado muere,
ningún perdón ni jubileo espere,
ni que del purgatorio
con sus misas le libre San Gregorio,
que por su mal gobierno
no hay per modum suffragii en el infierno;
que si acá no se enmienda
tal devoción dejando, es bien que entienda
que a conscientia precitta y depravada
la bula no valdrá de la Cruzada,
ni de aquesta indulgencia
gozará en su final impenitencia,
y que allá en el infierno
pagará aquel amor con fuego eterno.»

Otra composición contiene aún este manuscrito que se relacione con nuestro poeta, y es un romance que parodia su famosa carta de Escarramán a la Méndez (poesía 335 de Janer), que empieza así:

«Ya está metido en la trena
nuestro amigo Escarramán,
donde inocencia de culpas
se lo llevaron allá.

Mataron al secretario
Palomares, y éste está
por tales sospechas preso,
lo que a luz dió la verdad...»

Para que la parodia sea más completa, hay también una «Respuesta» que se corresponde con la de la Méndez. Ambas piezas aparecen a nombre de un Francisco Cros, que figura bastante en el manuscrito, y no es pertinente insistir más sobre ellas, ya que sólo tienen aquí el interés de subrayar la popularidad de las composiciones parodiadas (1).

IV

Una larguísima composición nos ofrece el manuscrito 3.790 (sin signatura antigua), con este título: *Memorial a ... Felipe IV, llamados vulgarmente los Evangelios de Quevedo, por reducirse a decir verdades en cuatro romances* (folio 115). Están copiados de un manuscrito moderno de Usoz, y el copista —que figura con el criptónimo U. V.— opina que no son de nuestro poeta, por «el giro moderno de las frases, lo poco antiguo de la locución y el poco nervio de los versos». En atribuirlos a pluma ajena no vacilará ningún mediano lector de Quevedo; lo que no creo es que sean mucho más modernos, y sin duda deben situarse dentro de la copiosa literatura satírica y quejumbrosa del reinado de Felipe IV, siendo una glosa prolija, minuciosa y de corto vuelo del magnífico memorial «Católica, sacra, real Majestad» (2).

(1) Prescindo de una copia de la *Cueva de Meliso* —composición que, como es sabido, se atribuyó sin razón a Quevedo—, la cual se halla al folio 123.

(2) El primer romance empieza con estos versos:

«Sacra Majestad invicta,
escuchad, pues, reverente,
os habla un leal vasallo
verdades tan evidentes...»

Los primeros versos de los otros tres son:

«Paso, señor, adelante.»
«Pase adelante mi pluma.»
«Vuelvo, gran señor, al caso.»

Otro manuscrito, el 1.952 (ant. G. 305), está totalmente consagrado a composiciones en prosa y verso de Quevedo, entre ellas varias dadas ya por apócrifas, y todas, menos una, publicadas. La que tengo por inédita, y que, como se verá, no hay grave obstáculo para atribuirle al satírico madrileño, es la siguiente (folio 238 v.):

A LAS CENIZAS DE UN AMANTE, PUESTAS EN UN RELOJ

«Ostenta, ¡oh felice!, en tus cenizas
el afecto inmortal del alma interno,
que como es del amor el curso eterno
los días a tu(s) ánima(s) eternizas.

Muerto del tiempo el orden autorizas,
pues mides, derogando su gobierno,
las horas del dolor del pecho tierno,
los minutos al bien que immortalizas.

¡Oh milagro! ¡Oh portento peregrino!
Que de lo natural los estatutos
rompes con eternar su movimiento.

Tú mismo constituyes tu destino,
pues por días, por horas, por minutos
eternizas tu propio sentimiento» (1).

En una copiosa colección de poesías de diversos ingenios, que forma tres volúmenes (Ms. 3795-3797, sin sign. ant.), se hallan también algunas composiciones que nos interesan. Lo lamentable es que la atribución de las que contiene es muy insegura, dándolas por anónimas en casos en que son bien conocidos sus autores, y ofreciéndolas con frecuencia a nombre de poetas que seguramente fueron ajenos a ellas.

Abundan en el tomo I las poesías de Góngora, y entre ellas hay algunas sin indicación de autor, que unas son positivamente de Quevedo y otras pudieran serlo. Así, el romance «Gobernando están el mundo» (467 de Janer) va precedido de otros dos, uno titulado *Retrato* («Una flota que fué a Indias») y otro sin título («Érase una madre ! con tres hijas solas»), que recuerdan mucho el estilo de nuestro poeta, e igualmente un soneto que empieza «En la edad de oro, aunque hubo afectos tiernos»; pero la simple posibilidad no aconseja prolongar estas notas con su inserción. En el folio 173 hay unas *Dé-*

(1) Castellanos cita el primer verso en su lista de piezas halladas y no publicadas. Cfr. con la poesía 672 de Janer.

cimas de D. Luis contra D. Francisco de Quevedo porque murmuraba de las Soledades («Por la estafeta he sabido»), que supongo publicadas, así como una letrilla (¿de Góngora también?) que empieza por el estribillo «Salud y vida, sepades | que vengo a decir verdades».

El soneto que empieza «Tu rostro hace que adore tus despojos» (796 de Janer) figura a su nombre, pero con indicación posterior de que no es suyo.

La letrilla que comienza «Las cuerdas de mi instrumento», y que tiene por estribillo «Punto en boca», a la cual nos hemos ya referido repetidamente (1), aparece aquí con once décimas, de las que siete fueron ya publicadas por Janer: cuatro en la poesía 317, y tres en la que lleva el número 659. (Deblay, no viendo estas últimas al lado de las anteriores, las creyó inéditas, y como tales las publicó en el trabajo ya citado (2). Las otras cuatro no sé que hayan visto la luz, y las transcribo a continuación:

«El cura en su vecindad,
por gozar de su ventura,
suele dejar de ser cura
y es la misma enfermedad.
So color de santidad
visita cualquier retrete,
y de su propio bonete
trae todo el pueblo los cuernos.
Abrásase en mil infiernos
si nieve o hielo le toca.
Punto en boca.

El que escribano se vée,
imposibles avasalla;
sin causa la causa halla
y sin fe quiere dar fée.
Los mandamientos no créa
y hace creer los que hace.
No sé en qué signo se nace;

(1) Véase el artículo anterior, pág. 134, nota 2.

(2) Véase el artículo anterior, nota primera de la pág. 125. Cuando ésta fué escrita no me había dado cuenta todavía de que estas tres décimas, publicadas por Deblay como inéditas, no lo eran ya; por eso no se hizo allí constar. De las siete décimas hace ocho Janer, publicando de una de ellas una versión («De las damas has de hallar») en la poesía 317, y otra («Hemos venido a llegar») en la que lleva el número 659. Guerra, en la edición de *Bibliófilos Andaluces*, inserta este último texto (que es también el que incluye nuestro manuscrito), y publica con ella las tres del 317 y no las del 659. Como se ve, la transmisión manuscrita de esta letrilla ha tenido la máxima complicación que de composición tan breve podía esperarse. Resta decir que en este manuscrito figura como anónima.

el hombre que serlo ordena
sé que el sino le condena,
sé que afirma verdad póca.
Punto en boca.

Los refranes verdaderos
dicen que siempre las leyes
van donde quieren los reyes,
mas ya las leyes y fueros
van do quieren los dineros;
que las armas del doblón
más fuertes que un peto son,
y hace su cruz cada hora
milagros en quien la adora
si la pobreza le apoca.
Punto en boca.

Soldados, con mil trabajos,
vienen de guerras crueles,
y los que no traen papeles
traen para hacerlos andrajos.
Vienen con los rostros bajos,
ni brazos ni piernas rotas,
porque todas las pelotas
hicieron faltas huyendo,
con temor del golpe horrendo
que derriba cuanto toca.
Punto en boca».

A continuación de estas décimas se hallan en el manuscrito (folio 237) otras de Góngora («Ya de mi dulce instrumento | cada cuerda es un cordel»), con el estribillo «Y digan que yo lo digo», hechas tal vez a la vista de las de Quevedo o viceversa; fueron ya publicadas en *Autores Españoles*, XXXII, pág. 484.

Prescindo de varias composiciones de Quevedo, ya publicadas, que incluye mal atribuídas (1) o como anónimas, y de otras que pudieran ser suyas por sus características, y señalo el *Epitafio a Julio el librero*, puesto a su nombre y en absoluto impublicable (2); empieza

(1) Por ejemplo: el romance «Don Repollo y doña Berza», publicado ya por Salas (453 de Janer), figura en el manuscrito a nombre de Salinas, después tachado y sustituido por el de D. Antonio de Mendoza. A nombre de éste figura también, con ligeras variantes, la poesía número 465 de Janer.

(2) Fol. 287. Véase la nota de la pág. 392. Figura también entre los manuscritos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

así: «Yace en aqueste llano | Julio el italiano...» Tengo por suyo, y por inédito seguramente, el siguiente ingenioso

ROMANCE

«Las columnas de cristal
al templo de Amor sustentan,
donde adora el alma mía
la imagen de su belleza.

Hecho otro Sansón mi gusto,
nuevo Alcides en las fuerzas,
probando las de mis brazos
vine a dar con todo en tierra.

Corrió el Amor las cortinas
que tuvo siempre cubiertas,
descubriendo maravillas
y otro nuevo mundo en ellas.

Hechos Colones mis ojos
tendió la vista sus velas,
llenas de estrellas de gloria
las luces de sus bellezas.

Vi dos montañas de plata
hechas de sutiles hebras;
el bello vellón de Colcos
matizado de turquescas.

En medio, un profundo valle,
cuyas hermosas laderas
traen siempre nieve helada,
donde enciende Amor sus piedras.

Aquí el estrecho famoso
de Magallanes comienza,
donde todos los navíos
que quieren pasar se anegan.

Aquí el mar del Sur se encoge
entre sus hondas riberas;
con anzuelos de diamantes
las blancas perlas se pescan.

Al pie de un monte, que hace
de alabastro negra esfera,
de los deleites de amor
está la encantada cueva.

Tiene agradable la entrada,
hermosa boca y pequeña,

por tener en sus orillas
dos collados que la cercan.

Ella está cercada en torno
de menuda y fresca hierba,
con tal virtud que al caído
le levanta la cabeza.

Dentro della está un gran lago,
tal que nadie le vadea,
porque para hallarle fondo
son cortas todas las cuerdas.

Aquí está la fuente oculta,
que tiene tal preeminencia,
que cuantos vienen al mundo
dicen que pasan por ella.

Todos cuantos fuertes Cides
aquesta ventura prueban,
entrando de acero armados
salen más blandos que cera.

Quise atrevido pasarle
y alegre llegué a la puerta,
armado, y la lanza en puño
para entrar en la pelea;
y aunque en tierra las rodillas
y humillando la cabeza,
por ser a tales reliquias
debida tal reverencia,
el deseo artificioso,
con una llave maestra
que a todas las cerraduras
abre con gran sutileza,
pasé el estrecho dejando
solos dos amigos fuera,
que en la batalla aguardaron
para salir con la empresa.

Temblaron todos los montes
y estremeciósse la tierra,
convirtiéndose las formas
en su primera materia» (1).

También tengo por inédita la *Sátira de Quevedo a una mujer que, viéndole enamorado, se casó con un capón*, tema ya desarrollado por él frecuentemente, y que no vale la pena de aumentar dan-

(1) Fol. 172 v. del tomo II (Ms. 3.796).

do a la luz éste, más atrevido que ingenioso (fol. 192). Vaya sólo para muestra la primera redondilla:

«Corrido y confuso me hallo
por vos en esta ocasión,
que os quedáis con un capón
por descartaros de un gallo.»

Sin nombre de autor figura (Ms. 3.797, fol. 8) el *Soneto al estado del gouierno* («Un Rey Conde, un Conde Rey jurado»), que se encuentra frecuentemente en los manuscritos como de Quevedo, y de que por ahora prescindo (1). También como anónima figura (fol. 87 v.) la canción que empieza «Tú, por la culpa ajena...», versión del «*Delicta maiorum...*» de Horacio (2), y que publicó ya Aldrete en *Las tres últimas musas*, teniendo en la colección de Janer el número 557; sin embargo—y por eso la señalo aquí—, ha aparecido también a nombre de Lupercio de Argensola (*Autores Españoles*, tomo XLII, pág. 289). A continuación de esta pieza hay una serie de *Romances de Quevedo y obras suyas*, en la que sólo aparece uno que no figure en las ediciones conocidas y es el siguiente:

E N I G M A

«Si a compasión os provoca,
mortales, tan duro caso,
oid por mi triste boca
la desventura que paso,
cosa que a todos os toca.

De la tierra tengo el ser,
que el señor della y mi suerte
me quiso mortal hacer;
vine a merecer la muerte
tan sólo por el comer.

Soy tan gran pecador yo,
que el comer con tal locura
lo que el Señor me vedó,
al mismo que me crió
le cuesta su sangre pura.

Alcanzo ya tal valor
en tan peligroso trato,

(1) La copiosa literatura satírica del conde duque merece que se le consagre una monografía, para la que tengo ya reunidos bastantes datos, y en ella habrá ocasión de ocuparse de esta composición juntamente con sus similares.

(2) Véase *Revista de Filología Española*, 1924, XI, 40.

que ha ordenado mi señor,
por darme vida, aunque ingrato,
que coma a mi criador.

Y siendo yo su homicida
tanto me ha venido a honrar,
que por remediar mi vida
su sangre me da en bebida,
su cuerpo me da en manjar.

Y aunque aquesto pasa así,
por tan ignorados modos
como os he contado aquí,
aunque comemos dél todos
entero se queda en sí.

Y viene a ser de tal suerte,
mortales, esta bebida,
si con buen juicio se advierte,
que a unos les da la vida
y a otros les da la muerte.

Mas tras todo este contento
tan triste y pobre me siento,
que al llegar al postrer trago
de todos mis bienes hago
en la uña el testamento.

Quien me quisiere acertar
de su juicio satisfecho,
para no poder errar,
meta la mano en su pecho:
quizá me vendrá a topar.»

A su nombre figura también esta piececita (fol. 193 v.):

«Deleite y necesidad
tienen la cara de hereje:
necesidad cuando nace
y deleite cuando muere.»

Entre varias jácaras de Quevedo hay dos sin nombre de autor:
una fué ya publicada como suya (347 de Janer); la otra, que inserto
a continuación, es también muy probablemente de él:

«Al Zurdillo de la Costa
hoy otra vez azotaron,
porque tenga los jubones
a pares como zapatos.

A maravedi el azote
los paga, pero son dados,

y así serán otra vez
los maravedises cuartos.

Como es mal sufrido el Zurdo
se amohina a cada paso,
y sobre cualquiera golpe
echa (?) el verdugo tan alto;
aunque sin razón se escuece
de que le varea el fardo,
porque al pelo de la ropa
en su vida le han tocado.

Por vizcaíno le azotan,
y es del hierro tan paisano,
que entiende luego la lengua
del pestillo más cerrado.

Confesó a la primer vuelta
todas sus culpas de plano,
mas ¡qué mucho, si tenía
en la uña sus pecados!

Es tan mañoso el Zurdillo,
que si tiene un embarazo
deja a los otros el duelo
y es el quien sale cargado.

Suele estar tan divertido,
que mil veces los notarios
le dan voces porque vuelva,
y él ni vuelve ni hace caso.

Esto de matar candelas
se lo traga cada rato,
porque es hacer su negocio
matar las luces temprano.

En anocheciendo Dios
parece pintiparado
mozo de disciplinante
con capas de muchos amos.

A las gurapas le llevan
y pienso que va forzado,
pero puede fácilmente
probar su fuerza remando.

Ya se consuela diciendo
que el hurtar un hombre honrado
bien puede ser cosa fea,
pero tiene garabato» (1).

(1) Ms. 3.797, fol. 232.

V

Las composiciones contenidas en el manuscrito de que voy a dar noticia en el presente capítulo (1), inéditas en su mayor parte, nos presentan a Quevedo en su faceta de extremada licenciosidad de expresión. Forman un grupo de piezas numeradas que pasan de la veintena, y aunque seguidas de otras poesías satíricas sobre temas no eróticos, no puede dudarse que deliberadamente fueron reunidas en razón de su afinidad. Y el copista no agotó con ello la producción de este género, pues pasan seguramente de cincuenta las composiciones análogas que otros códices nos ofrecen. Ello significa que no hay medio de seguir soslayando o escamoteando su examen como si se tratase de escasas creaciones esporádicas del poeta.

(1) Biblioteca Nacional, Ms. 3.708 (sin signatura antigua). Es un tomo de varios, que contiene al final una serie de copias de poesías de Quevedo; algunas están ya publicadas por Castellanos y Janer; el mayor número de las inéditas son impublicables en una revista de carácter general, y de ellas haré en el texto un examen de conjunto, y aquí daré los primeros versos, con una numeración convencional: 1. «Daría un real a madama es poco precio.» 2. «Bajábale su mes cada semana.» 3. «Bujarrona Penélope, ¿qué puto...» 4. «¿De qué sirve, capón, enamorarte.» 5. «¿De qué le sirve hacérsese doncella?» 6. «De cierta dama que a un balcón estaba.» 7. «Estábase Teresa de Lucía.» 8. «Fué a coger la limosna del convento.» 9. «Estaba un mayordomo enamorado.» 10. «Viendo una dama que un galán vivía.» 11. «A la orilla del agua estando un día.» 12. «Alzó Venus las faldas por un lado.» 13. «Echado entre las piernas de su moza.» 14. «Señora cama, ¿en qué habéis vos hallado?» 15. «Reñían dos casados cierto día.» 16. «Querellas vanas, vanos pensamientos.» 17. «Damas, las que os quejáis de mal casadas.» 18. «Son, Licori, tus manos virginales.» Todas son sonetos. Las publicadas que acompañan a éstas son los números 608, 802, 806, 641, 640, 661 y 636, de Janer; las que empiezan: «Ya que al hospital de amor» y «Así el glorioso San Roque», aparecidas en *El libro verde*; las tres estrofas que faltaban en *Las cuerdas de mi instrumento* (véase mi artículo anterior, pág. 134, y la nota 2 de la pág. 403 del presente); las décimas «Toda España está en un tris» (publicada, pág. 129), y la letrilla «Hay mil doncellas maduras» (pág. 133). «Hay también dos inéditas de sátira política: «León que invencible ruge» y «Ya Felipe cuarto, rey», dadas por apócrifas por Fernández Guerra. Hay además composiciones de que se da solamente el título remitiendo en tal caso «a la colección». Para llenar esos vacíos, completando todo lo posible la noticia de este núcleo de poesías quevedescas, he acudido a los Mms. 4.065-4.067 (ant. Bb., 171-173), colección hecha con mucho esmero y letra clarísima por Juan Isidro Faxardo en 1729. Por no prolongar excesivamente esta nota, me referiré sólo al grupo de «Poessias obscenas y Indecentes que andan entre los Curiosos con el Nobre de Don F. de Q., y aunque algunas se conoce no son suyas, se ponen aquí para la noticia de ellas». A los sonetos del otro manuscrito añade éstos: 19. «Esta mañana en Dios y norabuena.» 20. «Bajaba mi señora ese otro día.» 21. «Melancólica estás, Puti-doncella.» 22. «Manida, trujabante, lapidaria.» 23. «Tu cabello me enlaza, mi señora.» 24. «Una en buena cuenta no hace cuento.» 25. «Estaba una fregona por Enero.» 26. «Piojos cría el cabello más dorado.» 27. «Andábase un galán enamorado.» 28. «Entre unos centenales yo vi un día.» 29. «Reina de Epapho. Chipre, Eurice, Egnido»; dos composiciones largas, en sextinas: 30. «Yo soy quien al Amor más fácilmente», y 31. «Ninfas que en las tasqueras», y un epitafio: 32. «En esta piedra yace un mal cristiano.» Incluye también el soneto que empieza: «El que tiene mujer moza y hermosa», publicado como anónimo en *Autores Españoles*, XLII, 503.

Quevedo no pecó nunca de melindroso en su lenguaje. Persiguiendo siempre la expresión más precisa, si el léxico ya existente, de que tuvo un asombroso dominio, no le daba el vocablo que representase exactamente su idea, trasformaba o creaba el que de momento requería; no retrocedió tampoco ante la crudeza de las palabras más chabacanas, si ellas respondían cumplidamente a su pensamiento. Todo esto han podido advertirlo, y lo advirtieron, los que estudiaron a Quevedo en su producción publicada. Cuando se pasa, empero, de estas composiciones a las inéditas aludidas, se encuentra en éstas su libertad de expresión llevada a tal punto, que no se halla en lo antes conocido base bastante para relacionar unas y otras. Por mi parte confieso que sólo esa porción de su obra que reflejaba con expresión enérgica, pero no malsonante, su gracia masculina consideraba propia del gran satírico; las piezas sueltas de subido color que de él iba encontrando tenía las por pegadizas, o cuando más por excrecencias de su producción que no respondiesen a su ingenio peculiar, sino a momentos aislados en que su gusto se nublase lamentablemente encontrando deleite en lo más rastroso. Pero cuando el número de composiciones conocidas hizo posible —e inexcusable— una consideración de conjunto, he llegado a la conclusión de que puede explicarse este aspecto de Quevedo sin salir de lo más personal y característico de su ingenio, y juzgado también que no ofrece duda la autenticidad de buena parte de estas composiciones, entre las que un lector habitual de Quevedo entresaca con relativa facilidad las que por no responder a los habituales sentimientos del satírico es juicioso considerar ajenas a su paternidad (1).

En la disertación que compuso González de Salas como prólogo a las poesías puestas bajo el numen de Talía, nos instruye sobre este aspecto de Quevedo. Después de ponderar cómo su gran amigo aspiró en sus composiciones sobre todos los otros temas a ennoblecer y embellecer su lenguaje propio, dice así: «En esta enpero, a que ahora venimos, emprendio juntamente, esforzar a nuestros oidos la paciencia, para que en el Language suio se permitiessen algunas desnudezes atrevidas de el Amor i la Venus...» Examina a renglón seguido los precedentes que de ello pudo hallar en la literatura latina, y continúa en esta forma: «Introducir quiso pues Don Francisco esta licencia en nuestras orejas, con resguardo tan fuerte; desliçandose en los

(1) Todos los sonetos tomados del Ms. 3.708 (núms. 1-18 de la lista dada en la nota anterior) me parecen de Quevedo; de los restantes hay algunos que no creo suyos, y sobre todo las composiciones largas citadas al final.

donaires a libres locuciones, que exprimian atrevidos conceptos. Pero io nunca a esso me convine, ni assenti a su dictamen, aunque instruido bien, de que no huviessen repugnado su semejante introduccion los vulgares, i cultos Idiomas, Italiano, i Frances. Y ansi hoi para comunicar estas Poesias a los Nuestros, todo aquello huve de expungir con stilo riguroso; si corregido, i mitigado (como bastó en algunos lugares), aún no quedaba decente.» Pocas veces la prosa de Salas, de ordinario enmarañada y pedantesca, nos da en pocas líneas tanta luz sobre nuestro poeta, y sobre su manera de editarle, como en el pasaje transcrito. (Dejemos para otros el comentario de la distinción que tan sencilla y resueltamente establece entre las literaturas ultrapirenaicas y la española en lo tocante a osadía de expresión, y atengámonos al caso particular que especialmente nos interesa). Quevedo se dolió en varias ocasiones de que el hervor de la sangre en su mocedad le arrastró a una libertad de pensamiento y crudeza de lenguaje, de que después tenía que mostrarse contrito y apesadumbrado. Pero D. Jusepe escribía cuando ya el satírico había muerto de avanzada edad, y no presenta tal tendencia como arriscada impetuosidad de los años mozos, sino como constante predisposición de su propio genio. Aldrete, el sobrino del poeta, se expresa, es cierto, en distinto sentido en el prólogo *Al lector* de *Las tres musas últimas*. «Las obras personales del autor —dice— no fueron inferiores a sus escritos, ni le engrandecen menos. No niego que en su juventud tuvo algunos verdores traviesos, que aquella edad facilita. Danlo a entender las poesías amorosas que entonces compuso. Otras burlescas, de que no se saca moralidad, hizo para divertir el ingenio con la variedad» (1). Pero no hay duda de que Salas estuvo mucho más en contacto con Quevedo que Aldrete, quien probablemente no conocería sus composiciones verdaderamente licenciosas. Las poesías amorosas a que éste se refiere como delatadoras de los «verdores traviesos» del poeta son probablemente algunas de las publicadas, y otras, entonces inéditas, más desenfadadas, como la *Definición del amor*, los dos madrigales que suelen ir reunidos en los manuscritos y otras del mismo tipo. Pero en modo alguno podía calificar tan suavemente las de licenciosidad extremada de expresión, que tampoco muestran los ardores entusiastas del neófito, sino más bien el asqueamiento del desilusionado.

Teniendo por base las piezas licenciosas temas eróticos, lo pri-

(1) Transcribo este pasaje del volumen preparado por Janer (*Autores Españoles*, LXIX, pág. 376) y no de la edición misma de 1670, por no tenerla ahora a la mano; el párrafo de Salas fué tomado directamente de la edición príncipe.

mero que ocurre es compararlas con sus poesías amoratorias conocidas, que en su mayor parte (1) fueron reunidas por Salas bajo el nombre de la musa Erato. Aunque el editor «expungiese» en unos casos y «corrigiese y mitigase» en otros, según nos advierte, ofreciéndonos así ese fondo de poesías muy distante de como naciera del ingenio del autor, es allí donde parece que únicamente ha de hallarse el nexo con estas otras composiciones, amorosas también a su manera. Pero del cotejo no puede resultar mayor disparidad. Las piececillas amoratorias de Quevedo no son ni más ni menos que las de los demás poetas. Salas las repartió cuidadosamente en dos grupos, poniendo a un lado las que no tienen un objeto definido y a otro las dirigidas a Lisi —poética reducción de Luisa—; pero pudo haber excusado tal labor sin que los lectores del satírico lo llevásemos a mal, por no haber entre unas y otras el menor matiz diferencial. Son siempre los suplicios, ya estereotipados, del amante desdeñado; las mismas alusiones al fuego del amor y a la nieve de la indiferencia; el eterno suspirar por la libertad de que se gozó hasta caer preso en las cadenas del amor; las manidas comparaciones de los claveles con los labios de la amada, etc. Dentro de estos moldes, formados ya desde Garcilaso y sus congéneres, y cuidadosamente conservados por cuantos cultivaron el género amoratorio, mántiense nuestro poeta a altura suficiente, merced a su gran dominio de la construcción poética; pero no hay que ser muy lince para advertir que se halla cohibido e incómodo en este ambiente de monotonía y afectación. El hechizo que sobre él ejercía la mujer era muy escaso, y estuvo siempre más propicio a ridiculizar sus defectos que a loar sus excelencias. Vea en ella la hembra que es necesaria para la satisfacción de las necesidades sexuales del hombre, y no juzgaba que valiese la pena de grandes sacrificios. En sus poesías publicadas aparece con frecuencia esta idea.

Entre muchas que pudieran ser traídas a cuento, recordemos el romance en que *Retirándose de la corte responde a la carta de un médico*, que Fernández Guerra sitúa en 1613; en él figuran estos versos:

«... A las que allá dan diamantes
acá las damos pellizcos,
y aquí valen los listones
lo que allá los cabestrillos.

(1) Sabido es que la distribución de poesías entre las nueve musas fué hecha, tanto por Salas como por Aldrete, con mucha inseguridad y error. Por lo que se refiere a las amoratorias, no sólo se encuentran en el grupo de Erato, sino en el de Euterpe y otros.

Las mujeres de esta tierra
tienen muy poco artificio,
mas son de lo que las otras
y me saben a lo mismo.

Si nos piden es perdón
con rostro blando y sencillo,
y si damos es en ellas
que a ellas es prohibido.

Buenas son estas sayazas
y estas faldas de cilicio,
donde es el gusto más fácil
si el deleite menos rico.

Las caras saben a caras,
los besos saben a hocicos,
que besar labios con cera
es besar un hombre cirios...» (1).

Este tema, que en diversas variantes asoma tan frecuentemente en los versos de nuestro poeta, se ofrece sin velos en el siguiente soneto, inédito a lo que alcanzo, que forma parte del grupo que estamos examinando:

«Sángrese de la vena de Cupido
quien quisiere vivir a sus anchuras,
pagando más baratas las hechuras
que el desdichado nadador de Abido.

Maldiga Dios un necio tan garrido
que por encrucijadas mal seguras,
gastando (como dicen) herraduras,
se quiere dar a reinas del partido.

Yo soy aquel que con poquitas tramas
mi gusto satisfago sin billetes;
búrlome de terceras casi brujas;
tal vez doy en fregonas, tal en damas;
también me quedo en sotas como en sietes,
que todas tienen ojos como agujas.»

Al lado de este poeta que tan crudamente ostenta la amplitud de sus gustos, se nos ofrece el hombre de ingenio que sabe ponerse a tono con las exigencias del género amatorio, en que la mujer es subli-

(1) Ed. *Bibliófilos Andaluces*, II, pág. 248.

mada y divinizada. Merced a su enorme flexibilidad, Quevedo compone en tono madrigalesco poesías delicadísimas, que nos lo muestran rendido ante la belleza femenina como el más pulcro y perfumado abate dieciochesco. Pero se advierten en todo ello los esfuerzos de su talento, que tiene a gala demostrar que no hay género literario vedado a sus dotes de creador (1). El tema amoroso le cohibe, y su ingenio le huye con frecuencia y se explaya en otros campos lindantes. Pónese unas veces a filosofar, en tono bastante conceptuoso, sobre la esencia de la belleza y la del amor mismo; o, situado en puntos menos encumbrados, discurre sobre la posibilidad de amar a la vez a más de una mujer; o reflexiona sobre que más mata el gusto la hartura y desprecio que sigue a la posesión que la no consecución del ser deseado; o advierte a la mujer que no deje pasar sin amar los años mozos, porque la vejez llega antes de lo que se espera. Otras veces busca salida su ingenio en la vena satírica, lamentando zumbonamente que la amada sea estrábica o cosa semejante, o se entretiene en ingeniosidades tales como componer versos formados por palabras que empiecen por una letra determinada. Con estos asuntos y los tópicos que acepta de la copiosa literatura amatoria tejó Quevedo su centenar y algo más de poesías amatorias, pero sin que asome en ellas un solo rasgo de sinceridad.

Este es el conjunto que ofrece su literatura erótica conocida. A su lado, sin transición, aparece este otro copioso fondo de poesías licenciosas. ¿Cómo explicar la unidad de procedencia de producciones tan lejanas entre sí? Creo que su misma disparidad pone en la pista de su verdadero sentido, haciendo pensar que ni unas ni otras responden a la íntima tendencia del poeta. Quevedo rinde tributo a la costumbre, y escribe, tan bien como cualquier otro, las atildadas composiciones de amor que le permitan competir con los demás poetas cortesanos. Pero para el misógino que era nuestro satírico —nacido además para decir sin ambages cuanto le venía en ganas—, aquella divinización de la mujer tenía que costarle el más penoso refrenamiento de su instinto y despertar sus deseos de desquite. Unas veces Quevedo se desahoga en tono zumbón de crítica ligera sin ahondar demasiado en los defectos femeninos, y de ello recuerdan seguramente cuantos le conocen

(1) Dice Salas, hablando de las poesías dedicadas a Lisi: «en Esta [parte hay] únicamente solo un Sugeto, celebrado de Nuestro Poeta con decoro, i respecto por larga edad, i reservado, quanto parece posible, de la humanidad de los afectos». Sigue hablando en este tono de la clase de amor que Quevedo se esforzaba por expresar, y concluye así: «Confieso pues ahora, que advirtiendo el discurso enamorado, que se colige del contexto de esta Sección, que io reduxe a la forma que hoy tiene; vine a persuadirme que mucho quiso Nuestro Poeta, este su amor semejasse, al que habemos insinuado de el Petrarca.»

abundantes ejemplos. A este grupo correspondería la siguiente piececilla, inédita en lo que alcanza mi noticia, que a su nombre he visto en varios manuscritos, aunque no tiene un carácter quevedesco muy acentuado, si bien no hay tampoco reparos graves que oponer a su autenticidad:

EPITAFIO GRACIOSO EN OVILLEJO SATIRIZANDO A LAS MUJERES
DE ESPAÑA LO FÁCILES QUE SON

«No pises, hombre, aquesta sepultura,
que harto pesada me es la piedra dura,
sin que con poca reverencia y seso
al peso que me oprime añadas peso;
que las mujeres solas
que nacen en las tierras españolas
quiero que pisen mis cenizas canas,
pues no me oprimen porque son livianas.»

Otras veces tales ansias de desquite le llevan más lejos, presentando a la hembra en su faceta de más ruín animalidad o en sus aspectos más ridículos. Y esto son casi siempre sus poesías *non sanctas*. Erraría profundamente quien se dejase guiar de la primera impresión e identificase esta producción de Quevedo con el género galante y afrodisiáco, tan en boga, especialmente, en la moderna literatura novelesca. Nada menos estimulante que estas poesías, en que el amor se presenta deliberadamente despojado de todo encanto y atractivo. La mujer aparece casi siempre en el tipo más abyecto de prostituta, o tendiendo a serlo por ambición de dinero o por impulso sexual. De ella parte la iniciativa y provocación del hombre, al cual, para acentuar el contraste, muestra con frecuencia el poeta ridículamente tímido y desmañado. Añádase a las poesías inspiradas en estos temas otras de motivo meramente picaresco y tipo epigramático, y se tendrá una idea del conjunto de composiciones que con el marchamo de «obscenas» suelen formar un grupo aparte en las colecciones manuscritas. No es raro encontrar también entre ellas piececitas de asunto y lenguaje totalmente pulcros, que tienen ya su lugar entre las poesías publicadas (1).

(1) Los sonetos que en la colección de Janer llevan los números 801-811 suelen ir incluidos entre las poesías «obscenas» de los manuscritos, con cambios más o menos sustanciales.

Es curioso que Salas no se refiriese a estas «desnudeces atrevidas del Amor y la Venus» al editar las composiciones de la musa Erato, sino las de Talía, en que comprende «poesías jocoserias, que llamó burlescas el autor, esto es, descripciones graciosas, sucesos de donaire y censuras satíricas de culpables costumbres, cuyo estilo es todo templado de burlas y de veras». Ello nos indica que aunque don Jusepe no se muestra en general muy avisado, no dejó de conocer la verdadera índole satírica de las en apariencia eróticas poesías de su amigo, y si las excluyó de lo publicado fué por la crudeza del lenguaje y no por la intención inmoral. En tal exclusión, y por el mismo motivo, ha de imitársele aquí. Cuando un ingenio creador rebasa del nivel normal y alcanza la maravillosa altura a que se remontó Quevedo en su producción, importa conocer todas sus facetas y no desdeñar parte alguna de su obra; pero probablemente el autor mismo escribió unas veces para el gran público y otras para el recreo propio y de un corto círculo, juzgando que no todo puede a todos ser expuesto sin peligro de errada interpretación. Además, las corrientes literarias han tomado modernamente rumbo distinto, y si las gentes se han habituado a las mayores osadías de asunto no aceptan en cambio vocablos que nuestros grandes escritores de los siglos pasados usaron sin rebozo. Para ofrecer hoy composiciones del tipo de las que examinamos habría que retocarlas y afeitarlas, como confiesa su primer editor haber hecho con algunas de las que dió a la estampa, y esa mistificación es hoy unánime y juiciosamente reputada de ilícita. Quédense, pues, en su mayor parte en los manuscritos tal como nos fueron legadas por los curiosos aficionados, que al copiarlas las libraron de morir. Baste saber, para suplir su conocimiento directo, que son casi todas sonetos, con trazas de ser, o poco menos, repentizados, abundantes en rasgos de ingenio y con el sello de las cualidades características de nuestro satírico. Sus puntos de osbcenidad no parecen escapados al autor, arrastrado por la escabrosidad del tema, sino buscados y premeditados en un alarde de cinismo, como para dar a este grupo de composiciones un lugar aparte e inconfundible. Probablemente no dió Quevedo una gran importancia a sus dotes de poeta (1) y consideró cuanto hacía en este campo como jugueteos sin trascendencia, en que podía escamotearnos lo hondo de su espíritu y no ofrecer en ellos sino las agudezas de su ingenio multiforme. Pero, poeta hasta la medula, aun

(1) Como la generalidad de los hombres, Quevedo se engañó sobre su propia aptitud, y aun cuando era, ante todo y sobre todo, poeta, «más presumió de otras erudiciones, y ansiosa y afectadamente las profesó, y se divirtió por mucha edad en ellas». (Salas: *Prevenciones al lector*, tantas veces citadas.)

en sus voluntarios desvaríos y deformaciones nos muestra siempre algún repliegue de su personalidad, que hubiera sido muy imperfectamente conocida si sólo sus obras de más empaque y empeño hubiesen llegado a nosotros.

Para que esta noticia sea un poco menos imperfecta, he aquí dos composiciones que pueden ver la luz pública y dan idea del conjunto. La siguiente representa el grupo—muy abundante—de piezas que presentan en su aspecto repulsivo a las mujeres, por cuyo amor suspiran los varones:

«De un ébano sutil dos bellas piernas
(bellas del vello que las tapa y cubre),
con una seca y descarnada ubre,
dos negras nalgas y húmidas cavernas;
un tablón de nogal y dos mal tiernas
mataduras de macho que descubre,
que allá en el erizado mes de octubre
pronostican las cosas más internas;
un pálido color de quinta angustia
a puro azogue conservado y hecho;
una cinta a la frente atada al justo;
una arrugada cara fea y mustia;
esto me acaba y me consume el pecho:
tal es la fuerza de un bellaco gusto» (1).

Otra, muy característica también, y que por fortuna no llega a los atrevimientos de las demás de su grupo que las hacen impublicables, es ésta:

«Qué alegres son al triste enamorado
las iras de una dama con blandura,
aquel «¿Estáis en vos? ¡Qué gran locura!»,
y aquel «¡Ay, que lo oirán, y que es pecado!»;
el santiguarse: «¿Cómo habéis entrado?»,
el argüir la fama con cordura,
el tierno desamor y la dulzura
de aquel «Quitaos allá, desvergozado»;
el falso defenderse, el artificio,
las lágrimas, el «¡Ay!», el «Yo os prometo...»,
el «Creo me engañáis como enemigo»,
y aquel «¿Qué es esto, Dios? ¿Tengo yo juicio?»,
aquel «¡Cuál me dejáis! ¡Tened secreto!»:
no hay mal que tanto bien traiga consigo» (2).

(1) Biblioteca Nacional, Ms. 4.067. (Ant. Bb., 173), fol. 214 v.

(2) *Ibidem*, fol. 215 v.

VI

A nombre de nuestro poeta figuran también algunas composiciones, que tengo por inéditas, en el manuscrito 3.700 (ant. M. 86), juntamente con otras ya publicadas. Vaya primero este lindo romance sin título, que se halla al folio 5:

«Cuando perlas orientales
pide que la traigan Menga,
la boca con que las pide
la tiene llena de perlas.

Quien las pide puede darlas,
pues con cualquier risa muestra
más que llora la mañana
cuando enriquece las sierras.

Si he de d'alle lo que pide
tengo de buscarlo en ella,
pues cuando perlas me pide
adonde las hay me enseña.

Corales me pide y todo
y al pedírmelos tropieza[n]
en corales sus palabras,
pues entre sus labios suenan:
que para darla cosa que no tenga
la habré de dar mi amor y mi firmeza.

Cuando hebras de oro me pide
a ser su ladrón me fuerza,
pues si se las he de dar
he de hurtar las que se peina.

Jazmín y rosas me pide,
y yo, por obedecerla,
para robar sus mejillas
la pido luego licencia.

Dice que desea diamantes,
y es porque nunca se tiente
el pecho, donde hallará
una mina destas piedras.

Ambar dice que la dé,
y es que ya no se le acuerda
que en el aliento le gasta

en las palabras su lengua:
que para darla cosa que no tenga
la habré de dar mi amor y mi firmeza.»

Otro romance, también sin título, se encuentra en el folio 20 v.:

«Ausente y desesperado
y en poder de tantos males,
más hago yo en no morirme
que hará el desdén en matarme.

¿Qué montes no dejan blandos
mis suspiros, cuando nacen
del fuego, que es en amor
dulce martirio de amantes?

Con desear me contento:
que en las impresas tan grandes
honran los atrevimientos
si de tales causas nacen.

¡Ay de aquel que sus males
ausente llora en mudas soledades!

Bien sé yo que no merezco
que tus desdenes me maten,
que aun morir de ti quejoso
no puede merecer nadie.

Sé que te hice lisonja,
señora, con ausentarme,
y a pesar de mi bien temo
el volver por no enojarte.

No me habrán echado menos
si no son tus crueldades,
que en el sentimiento mío
gustabas que se mostrasen.

Que te acuerdes de mí pido
siquiera para olvidarme,
primero que tus desdenes
ausente mi vida acaben.

Por gustos tengo mis penas,
estimo trabajos tales,
sólo porque con quererte
pretende mi amor honrarse.»

Al folio 27 se halla este otro —incompleto por el final, al pare-

cer—, que contiene muchos detalles característicos de la manera de pintar nuestro poeta los encantos campestres (1):

«Secreto tiene en un valle
con su aspereza dos montes,
donde avara primavera
todas sus joyas esconde.

Gasta el invierno sus nieves
en las cumbres y en los robles,
y así en todo el año al valle
ni baja ni le conoce.

Esconden celosos mirtos
fuentes que guarnecen flores,
porque la sed de los dioses
no las beba y deje pobres,
o piadosos, porque el agua
lisonjera, cuando corre,
hecho espejo de sus fuentes,
de sí no las enamore.

Y en sitio tan ameno
y al contento y la risa tan conforme,
me fuerza Aldalia
a que siempre llore.

No mormuran los arroyos
porque no hay de qué en el bosque,
y de instrumentos de plata
sirven a los ruiñeños.

Las galas y los vestidos
que primavera se pone,
ni se las mancha el octubre
ni el febrero se las rompe.

Sienten las rosas de suerte
las ausencias de los soles,
que resucitan al alba
y se mueren a la noche.

Y en sitio tan ameno
y al contento y la risa tan conforme,
me fuerza Aldalia
a que siempre llore.

Juegan entre los jazmines
los céfiros voladores,
y el aliento que los hurta
los confiesa por ladrones.»

(1) Véase *Revista de Filología Española*, 1924, XI, 41.

Las siguientes décimas, que van tras el romance acabado de transcribir, se duda si las incluye el manuscrito entre las composiciones de Quevedo; pero, como se verá, están llenas de notas características suyas:

«Mira bien, Tirsi, que Menga
no te quiere, porque ya
el amor en sí se está,
que no hay nadie que le tenga,
y por más que vaya y venga
al valle y a tu aposento,
es el interés su intento,
y así te digo, pastor,
que no te dé pena Amor
si quieres vivir contento.

En la aldea y en la corte
se vive de un mismo modo,
que bien o mal se hace todo
por el interés del porte.
Si la dama quiere un corte,
la villana, a su amador,
sin flor usa desta flor,
por eso a Tisbe y a Hero,
al son de contar dinero,
Tirsi, cuenta tu dolor.

Toma ejemplo en mí, que ayer
topé con una matrona,
mujer de buena persona,
pero en efeto mujer;
dila muestras de querer
pidiéndola algún favor,
y respondiome: —Señor,
tanto amor mi pecho esmalta,
que ya me han dado por falta
lo que me sobra de amor.

Como es el fruto del dar
el tomar o recibir,
se ha venido a reducir
Amor en dar y tomar.
Con esto podrás gozar,
ninfa, de paso o de asiento,
que ya, hermana, todo es viento
de sillas si no es en oro.
Lo mucho que yo os adoro
me falta de atrevimiento.»

A nombre de Quevedo se halla al folio 71 un romance que comienza «Al campo de Leganitos...», el cual figura como de Barbadiello en otro manuscrito de los ya examinados (1), y que en la duda optamos por no transcribir. Otro que sigue, dado también como de Quevedo, y con todas las características de sus jácaras, va a continuación por considerarlo inédito:

«Ya se salen de Alcalá
los tres de la vida airada:
el uno es Antón de Utrilla,
el otro Ribas se llama,
el otro Martín Muñoz,
sombre[re (?)] ro de la fama.

Camino van de Madrid,
a donde la corte estaba.
Llevan bravos ferreruelos,
por toquillas llevan bandas,
unas con cairel de oro
y otras con cairel de plata.

Y en la venta de Viveros
se encontraron con tres damas,
adonde, por alegrarse,
esto de la venta cantan:
¡Urruá, urruá, que en la venta está!
¡Urruá, urruá, que en la venta está!

—¿Dónde va tanto rigor,
valentía amontonada?

—Reinas, vamos a Madrid
a negocios de venganza.

Allí hablara Marianilla
como mujer de importancia:

—No vayas allá, mi vida,
no vayas allá, mi alma,
que en la corte los valientes
reparan con las espaldas
el rigor de los jueces
que están en aquella sala;
y ese bravo de Portillo,
con velleguines de guarda,
si allá vas te ha de prender;
más vale salto de mata.

—¡Vive Dios que tengo de ir
y dalles más cuchilladas

(1) Ms. 3.795, fol. 252 v.

a los criados y a él
que tienen colete y calzas.

—¡Ay, Antón, que no te me vayas,
porque me llevas la vida y el alma!

—No se ha de alabar Portillo
de que le huyo la cara,
que en la suya pondré yo
la bula de mi cruzada;
que si tengo muchas deudas
de partidas asentadas,
la menor será de todas
hacelle dos mil tajadas.

Al salir de la taberna,
después de veinte coladas,
toparé con la justicia,
que es honra mía buscalla;
porqué después de las copas
andan muy bien las espadas,
que con agua fría pendencia
será pendencia de ranas,
y en todas mis pesadumbres
puntas y reveses andan,
que en mi vida tiré tajo
porque no supiese a agua.

Qué será ver los corchetes
entre broqueles y mallas:
unos deja esurrección
y otros sobre las espadas.

Madrid es madre de todos,
Embajadores no faltan,
donde de día estaremos,
que de noche todos campan.

Mi amor te da la obediencia,
mas concédeme que vaya
a asegurar tu temor
y a tomar por ti venganza.

Para la segunda parte,
lo que con Portillo pasa,
convido a vuestas mercedes
y eso de la venta vaya.
¡Urruá, urruá, que en la venta está!»

Siguen unas redondillas, cuya atribución por el manuscrito a nuestro poeta no está clará; siendo su tema amatorio, y participando del carácter general de tales composiciones sin mostrar característi-

cas particulares de nuestro satírico, opto por prescindir de ellas; su primer verso es: «Para cantar tus engaños» (fol. 73).

Más adelante hay en el manuscrito otro grupo de poesías, publicadas algunas ya, de Quevedo. Tengo por inédita esta composición (fol. 116):

«Quien se ausentó con amor
y lamenta su cuidado
miente, que al cuerpo no es dado
sentir sin alma dolor.

Partir es dejar de ser:
nadie presume, en ausencia
del cuerpo tiene licencia
sólo para padecer.

Si yo pudiera sentir
ausente mal tan esquivo,
sin alma estuviera vivo
contra la ley de morir.

Quien dejó el alma engañado
y trujo el cuerpo perdido,
es el reino dividido
que cuenta por asolado.

Más quiero ser muerto yo
que ausente en estos desiertos,
pues hacen (?) bien por los muertos
y por los ausentes no.

Quien muere descansará,
quien se va se desespera,
honras hacen al que muera
y afrentas al que se va.

No pienses que yo te escribo
dejando en ti vida y ser,
que me corriera de hacer
ausente cosas de vivo.

Lisi, cuando me partí,
mirando mi fin tan cierto,
para cuando fuese muerto
vivo me quejé por mí.

No es llanto éste que me lava
ni ya puedo llorar yo:
es el agua que salió
al fuego que me abrasaba.»

A su nombre figura también (fol. 123) una letrilla que coincide en el estribillo y en muchos versos con una de las sátiras publicadas

a nombre de Francisco Trillo y Figueroa (*Autores Españoles*, XLII, pág. 98); sin embargo, son tantas las variantes, que pudiera la una ser refundición de la otra y proceder de Quevedo esta otra redacción, que trascribo por ello a renglón seguido:

«Señores, estoy corrido
y aun quizá el alma lo llora,
porque en los tiempos de agora
quien no tiene no es tenido.

Anda el sabio perseguido,
vive el necio con descanso,
al que sufre llaman manso
(y más de alguno lo es).

Desto trataré después
si me dejaren hablar,
que para todo hay lugar.

La niña que agora soma
a la edad que deseáis,
aunque más la pretendáis,
si no toma no se toma.

Todo el interés lo doma;
mezcla divina y humano,
al más villano villano,
cuando le dais que reciba,
y la dama más esquivá,
si la dan se viene a dar,
que para todo hay lugar.

Anda el soldado soldado,
el escudero es escudo,
quiere Vermudo ver mudo
por callar su mal mirado.

Al crédito han desterrado
y no hay quien le quiera al fin.

Usa aqueste siglo ruin
los maridos por adorno,
la monja reciba (*sic*) en torno
como si fuera altornar,
que para todo hay lugar.

Cierto oficial vi ayer
que por dicha alzó de obra,
pues hay en su casa sobra
con faltas de su mujer;
y si está caro el placer

él echó por el atajo,
que aunque no lo hay sin trabajo
de ajeno trabajo pasa,
y si hay quien los haga en casa
jamás le puede faltar,
que para todo hay lugar.

Cierta dama lisonjera
que tiene el gusto por ley
(al fin presidio del rey,
si es presidio la tercera)
a buidas vuelva en cera
del modo que se acaricia,
y hace oficio de justicia
dando lo suyo a quien gusta,
y finge haciéndose justa
que no se deja gustar,
que para todo hay lugar.

Del mercader cosa es clara
ser notable su codicia,
pues jamás hace justicia
aunque le vemos con vara;
su conciencia no repara
en titulillos de Unión (?),
porque los ladrones son
de la gente más lucida,
y quien pasa así su vida
puede en efecto pasar,
que para todo hay lugar.»

Por último, tengo por inédito el siguiente romance, que a su nombre está también dentro del grupo indicado (fol. 127 v.):

«Aquí, donde tus peñascos,
gloriosamente soberbios,
calzan espumas del mar,
tocan estrellas del cielo;
aquí, en el mar de poniente,
que guardado de los cerros
el miedo quita a las naves
dando a mi esperanza miedo,
dos ríos en mis dos ojos
ausente traigo a su puerto

porque descansenos todos,
yo llorando, en el mar ellos.

Mas ¿qué descanso espero
si a Jacinta dejé y ausente muero
aquí, donde mis llantos y mis penas
crecen el mar y exceden las arenas?

Tanta tierra y tantos mares
podrán ponérseme en medio,
podrán mi fuego apartar,
pero no templar mi fuego.

En mi galera yo solo
entre cuantos van al remo,
voy forzado y soy forzado
a llevarme yo a mí mismo.

Naves que vienen a España
todas vuelven mis deseos,
y con envidia y suspiros
las acompaño y las vuelvo.

Mas ¿qué descanso espero
si a Jacinta dejé y ausente muero
aquí, donde mis llantos y mis penas
crecen el mar y exceden las arenas?

El tiempo que ha de tardar
por horas y por momentos,
como si fuese llegado,
le vivo cuando le cuento;
y cuando llego a la hora
de «ya me parto», «ya llego»,
las leguas se desaparecen
y toda la mar no veo.

¡Triste del que como yo
ya no tiene más consuelo
del que se finge a sí mismo,
rico de engaños y sueños!

Mas ¿qué descanso espero
si a Jacinta dejé y ausente muero
aquí, donde mis llantos y mis penas
crecen el mar y exceden las arenas?»

Acabo este capítulo dando noticia de las poesías que a nombre de Quevedo incluye otro manuscrito, el 2.244 (ant. G 416). Comienza el volumen con una composición que, por ser a él atribuida explícitamente y estar muy dentro de sus gustos, no hay inconveniente en

admitirla por suya; por lo demás, piezas de este tipo abundan mucho en la literatura satírica de aquel tiempo. Hela aquí:

CANCIÓN A UNA MUJER PEQUEÑA

«Mi juguete, mi sal, mi niñería,
dulce muñeca mía,
dad atención a cuatro desvaríos
y sed sujeto de los versos míos;
pero sois tan no nada, que os prometo
que aun no sé si llegáis a ser sujeto.
Dicen que un tiempo tan cobarde anduve
que por vos muerto estuve,
y yo digo de mí que si os quería
por poquísima cosa me moría;
pero sé, aunque me haya visto loco,
que cuando os quise a vos quise muy poco.
La alma un tiempo os dí, que da, señora,
la alma quien adora;
pero hallábase en vos tan apretada
que os la quité por verla mal tratada,
y aún le dura el temor, y dice y piensa
que si no estuvo en pena estuvo en prensa.
Calabozo de la alma y tan estrecho
fué vuestro breve pecho,
que desde aquí mi sufrimiento miro
y del vuestro me espanto cuando miro,
que aún vos tenéis la alma de rodillas,
si no es que entre las almas hay almillas.
A cualquiera persona que es pequeña,
¡oh, linda medio dueña!,
por el refrán le dicen castellano
que desde el codo llega hasta la mano;
mas en vuestra medida el refrán peca,
que no llegáis del codo a la muñeca.
Para un juego de títeres sois dama,
que no para la cama;
pues una vez que la merced me hicisteis,
cuando menos pensaba que os perdisteis,
y dos horas después, envuelta en risa,
en un pliegue os hallé de la camisa.
Dama del ajedrez, dama de cera,
dama de faltriquera,

si queréis ver ocultas vuestras faltas
dejad de acompañar mujeres altas,
que malográis así vuestros deseos,
porque fuerais enana entre pigmeos.

Pero quiero dejaros, mi confite,
mi dedo Malgarite (?),
mi diamante, mi aljófar, mi rocío,
pues será no [temeros] desvarío,
que es una pulga poco más pequeña
y si es que pica dígalo una dueña.»

Al folio 21 figura el *Romance a un clérigo muy flaco y delicado* («Beneficiado en falsete...») a nombre de Quevedo, tachado después y sustituido en letra diferente por el de Jacinto Polo de Medina, entre cuyas obras está efectivamente publicado (*Autores Españoles*, XLII, página 189); sin embargo, también en un manuscrito de la Biblioteca Menéndez Pelayo consta a nombre de Quevedo. Más adelante están insertos, también como de nuestro poeta, un epitafio a D. Rodrigo Calderón («Yo soy aquel delincuente...»), que creo fué ya publicado y en esta copia está incompleto (fol. 34), y otro que transcribiré por considerarlo inédito (fol. 35):

EPITAFIO A UNA ALCAHUETA QUE NO QUISO
LA EXTREMAUCIÓN

«Yace aquí sin obelisco,
pobre de ofrenda y de cera,
la vieja que fué tercera
a pesar de San Francisco.

De costumbres tan honradas,
que en medio de tanto afán
se sustentó, como Orán,
a poder de cabalgadas.

Tan dadivosa a lo bueno,
mujer de tan lindo humor,
que a cualquiera pecador
daba lo suyo y lo ajeno.

Moza, no dejó las viejas
hasta ponerlas corozas;
vieja, no dejó las mozas
hasta volverlas pellejas.

Si su ajuar le consideras
fué digno de eterna fama,
pues me dicen que su cama
tuvo, sin cielo, goteras.

Fueron con ella ignorantes
Aristóteles, Platón,
y en lo de generación
admiró los estudiantes.

Supo agradar de mil modos
con su casa de placer,
pues en teniendo que hacer
allí se lo hacían todos.

No quiso la Extremaunción
por no andar en la otra vida
en figura de torcida,
sino en forma de tizón» (1).

Epitafios burlescos como éste abundan mucho en la literatura del tiempo de Quevedo, y, al igual de todos los temas satíricos tratados con mucha frecuencia, llegan a asemejarse por tantas notas comunes al ser manejados por poetas distintos, que no tenemos para su atribución más fundamento que la noticia que sobre ellos nos den los manuscritos.

(1) Consta también el primer verso en el índice de manuscritos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, donde figura con el mismo título.